

# España

## - Índice -

1.	Introducción .....	7
2.	El reinado de los Reyes Católicos .....	15
3.	Descubrimiento y civilización de América El Imperio español .....	31
4.	Derrota española: Westfalia .....	41
5.	España: esencia histórica inmortal .....	45
6.	Revolución atea: envilecimiento y degradación de Europa	57
7.	Nación, Patria, Estado .....	69
8.	El gran resurgimiento español: (1936-1975) .....	77
9.	La era de Franco .....	99
10.	La "transición" .....	103

### 1. Introducción.

Cultura es, ante todo, el mejoramiento intelectual y moral de la persona y el resultado de ese mejoramiento. En la conformación de la cultura entran constantemente en juego tres elementos, a saber: un conocimiento científico, físico y metafísico, que constituye el modo de representación y comprensión del mundo; una técnica de aplicación de ese conocimiento para el uso de ese mismo mundo natural; y una forma de vida, adecuación de la conducta al orden de valores éticos. Mientras existe un equilibrio entre ellos, la persona o la sociedad que soporta y fundamenta dicha cultura va creciendo; basta sin embargo, la ruptura del equilibrio por atrofia de uno de ellos, para generar la crisis.

Una cultura del hombre sólo es auténtica cultura humana y humanista si esta abierta a los valores absolutos, los cuales no tienen en el hombre su más radical fundamento. Y una civilización sólo será humana y positiva si logra una situación jurídica y una cultura donde el hombre se afirme, porque ancla en las exigencias más profundas de su propia naturaleza, y por la cual el hombre puede acceder a la Verdad, al Bien y a la Belleza, que son los tres ordenes de la verdadera cultura y fuente de toda verdadera felicidad.

El Cristianismo ha aportado los elementos esenciales de la cultura. En efecto, la Iglesia, no sólo proporcionó una comprensión completa del mundo y del hombre, del orden íntimo que Dios ha establecido en el Universo, sino que además invitó al hombre a operar sobre el Universo para dominarlo o señorearlo, como ya se dice en los primeros versículos del Génesis.

Innumerables y eminentes pensadores cristianos de todo tiempo - y también del actual - han explicado que progresar es crecer, no acumular. Y ahora Juan Pablo II insiste en que la meta de la ciencia ha de consistir en que el hombre "sea más", creciendo en todas las dimensiones de su naturaleza creada. La Verdad no está compuesta únicamente por el conjunto teórico de los conocimientos, sino también por una vida acorde con dichos conocimientos. Porque la Verdad es vida y sólo la Verdad hace libre.

La manifestación del odio y desorden que el pecado lleva consigo, provoca siempre, aunque sea en medida que a los hombres se antoje muy pequeña, un daño sobre el hombre y sobre el Universo. Porque hay una íntima relación entre el orden moral que guía la conducta y el orden físico que también Dios ha establecido para la conservación del Universo.

El Cristianismo - la Iglesia - ha significado de hecho el perfeccionamiento más radical y profundo de la vida del hombre sobre la tierra; la mutación más formidable de las costumbres individuales y colectivas, privadas y públicas; el cambio más hondo y positivo de la mentalidad y del corazón humano desde que el hombre existe. Ningún acontecimiento histórico ha podido incidir tan profunda y positivamente en la sociedad y en las instituciones humanas como la venida de Cristo al mundo.

No es casualidad sino pura consecuencia lógica, el que haya sido el ámbito cristiano del mundo el que haya producido el máximo refinamiento y desarrollo de todas las ciencias - físicas y metafísicas - con el consecuente progreso material y humano. Por esta razón Europa, al ser el primer continente evangelizado, se convirtió después en adecuadora del mundo. Las causas fueron fundamentalmente morales.

El Cristianismo - La Iglesia - ha sido en todo tiempo la fuerza impulsora de la única cultura y civilización verdadera: del auténtico progreso de las ciencias físicas y metafísicas, de las costumbres, del Derecho, la Política y las artes. Se puede afirmar con toda propiedad que el progreso real de la Humanidad es un impulso eclesial en el sentido más amplio de esta palabra, un proceso lineal de madurez científica y espiritual de origen fundamentalmente moral. Esto es así, aunque los materialistas del mundo contemporáneo se empeñen tercamente en negarlo.

No es serio dudar sobre la evidente superioridad esencial y efectiva de la cultura y de la civilización cristiana sobre todas las demás llamadas culturas orientales o locales. Y es porque el crecimiento en las virtudes causado por el cristianismo potencia siempre al máximo la racionalidad y la voluntad creadora específica del hombre.

"Verdaderamente, el Evangelio ha sido en la historia humana, incluso la temporal, fermento de libertad y de progreso". (Ad gentes, n.8).

Y no es que haya una cultura y una civilización verdadera y otras de recambio, no. Es que la única civilización verdadera es la cristiana y esta no se puede mantener sin la Religión y la moral verdadera que es la única revelada por Dios y no inventada por los hombres.

\* \* \*

Entre los conceptos ontológicos aportados por el Cristianismo destacan sobre todo dos: el de persona, que pueda dar razón de sí misma, y el de libertad moral, esencial en la criatura humana que puede tomar decisiones haciéndose responsable de ellas. Eran ideas demasiado sutiles para que pudieran ser inmediatamente comprendidas. La criatura humana es única e irrepetible, y no puede ser explicada racionalmente si no se tiene en cuenta que la razón suprema de su existencia es el amor.

Otra aportación de la Iglesia de colosal importancia es la concepción del Derecho como procedente del orden ético: los principios que determinan lo que es justo y lo que es injusto, no son resultado de un consenso o de un acuerdo entre los hombres, sino que coinciden con criterios absolutos de verdad que Dios ha proporcionado al hombre juntamente con su naturaleza creada. Esta es la raíz de los derechos humanos naturales y esta concepción cristiana del Derecho es diametralmente opuesta al "contrato social" de Rousseau. La legitimidad de toda ley civil procede de su íntima dependencia de la ley divina y de la ley natural. Surgió así la distinción entre la legalidad y legitimidad que ignoró el mundo antiguo, y que también en nuestros días ha desaparecido con gravísimo daño para la humanidad.

Con un esfuerzo denodado y sostenido a través de los siglos, la Iglesia logró un progreso evangelizador que a la vez fue civilizador; porque de hecho el progreso evangelizador produjo un efecto civilizador, aunque esto lo niegan los maestros del error que separaron artificialmente el Evangelio de la vida civil y la Fe de la Historia.

Durante siglos, la humanidad fue creciendo así de estatura intelectual y moral; todas las actividades se impregnaron de Cristianismo: la violencia, el egoísmo y la concupiscencia seguían naturalmente existiendo y en grandes dimensiones, pero se hallaban recluidas en el ámbito de lo ilícito, porque el discernimiento entre el bien y el mal se hizo muy nítido en las conciencias. Se llegó a producir así una mimesis correcta: los santos aparecían como modelo que se debía y convenía imitar. Los santos fueron de hecho los agentes más eficaces de la verdadera civilización; y esto hizo progresar al mundo a grandes pasos. No es casualidad el que Europa se convirtiera después en la educadora del mundo, y muy en particular España a lo largo de la Historia Moderna y a partir de la revolución protestante y racionalista.

Ya antes de nuestra era cristiana, Roma tuvo el gran mérito de crear el Derecho Romano, que fué la doctrina jurídica de un pueblo sabio. Con el Derecho y con el valor de la lengua latina, el Imperio Romano fue la gran potencia civilizadora de su tiempo.

La venida de Cristo al mundo, es el acontecimiento histórico que más profunda y definitivamente ha influido para la felicidad de las personas y los pueblos. Los Apóstoles se dedicaron a evangelizar el Imperio Romano; así comenzó la maduración completa de la propia romanidad y con ello la expansión de la cultura y de la civilización cristiana en el mundo.

Después de la conversión de Roma, comenzó la evangelización y civilización de los

pueblos bárbaros de Europa. Por el gran valor de penetración de la lengua latina, esos pueblos bárbaros asimilaban primero la cultura latina y con ello la fe cristiana.

Una de las consecuencias del proceso evangelizador más benéficas para la humanidad, fué el progresivo afinamiento del pensamiento cristiano acerca del Derecho Natural.

Esta doctrina fué desarrollada por San Agustín en el siglo V. Y San Isidoro de Sevilla desarrolló en el siglo VI las nociones cristianas de autoridad y de potestad. En la doctrina isidoriana se encuentra por primera vez la afirmación expresa de la coincidencia entre el Derecho natural y la Ley de Dios: el orden moral querido por Dios para la felicidad y salvación de los hombres.

\* \* \*

Por tercera vez en la Historia, la humanidad se encuentra hoy caída en una gran crisis espiritual de largo alcance. La primera se produjo tras la caída del Imperio Romano de Occidente; la segunda en el tránsito de la Edad Media a la Moderna. En ambos casos hubo un movimiento espiritual que salvó la situación, reconduciéndola por caminos de cultura y civilización, de crecimiento intelectual y moral: el Cristianismo. No hay razón alguna para esperar la salida de la gravísima crisis actual, si no es por un enérgico retorno a los principios irrevocables de la razón y de la fe que la Iglesia ha defendido siempre, como señala insistentemente el Papa Juan Pablo II; si no es por un retorno vivo y eficaz al Cristianismo y al consiguiente reforzamiento de la autoridad entendida ésta como lo que realmente es: como plena aceptación intelectual y cordial de la Ley de Dios y de los principios del Derecho Natural en todos los asuntos humanos, mayormente en las costumbres y en las leyes positivas que promulguen los Estados.

La grave crisis espiritual del mundo consiste hoy, principalmente, en la absoluta marginación de la metafísica, en el imperio del positivismo jurídico y en el consiguiente barrido de toda autoridad. La sociedad del mundo actual está desorientada y corriendo muy deprisa hacia ninguna parte, porque no pone en relación los hechos con los objetivos, con fines; solamente adora los hechos; y cuando los medios no se ponen en referencia a aquello para lo que son medios, pierden su propia razón de ser; de manera que, por perfectos que sean técnicamente, dejan absolutamente vacío el espíritu del hombre. La simple acumulación de productos no enriquece al hombre; la super-especialización no conduce a la sabiduría sino al envilecimiento; y la gran profusión informativa no hace a las personas más cultas sino que anquilosa la mente. Así hemos llegado a un mundo inhóspito e infrahumano, triste y angustiado, en el que el refinamiento del saber técnico se emplea brutalmente contra el hombre y contra la sociedad; y en el que apenas queda gente que aprecie la Verdad, el Bien y la Belleza, que son elementos esenciales y constitutivos de la verdadera cultura y de toda la posible humana felicidad.

Europa fue perdiendo sus valores y su conciencia histórica a partir de las exageraciones maximalistas del racionalismo. Al principio lentamente, como a saltos, buscando cambios políticos y económicos pero tratando de conservar los demás valores de su patrimonio. Luego, cada vez con mayor velocidad, hasta hacerse vertiginosa la pérdida de sus valores en los dos últimos siglos. Esta pérdida fue como una señal de cambio. Primero Europa dejó de crecer, luego comenzó a disminuir. Están presentes los gérmenes de una gigantesca obra de disolución de sus

mejores reservas espirituales y morales. No hay razón alguna para esperar una recuperación espiritual de Europa mientras no aparezcan los esfuerzos positivos de hombres de buena y firme voluntad decididos a no someterse al mundo mítico y pagano que parece empeñado en regresar a su estado primitivo con todo el lujo del refinamiento técnico.

## **2. El reinado de los Reyes Católicos.**

España comenzó a ser la vanguardia y la abanderada de la verdadera civilización con el glorioso reinado de los Reyes Católicos.

Toda la obra de Fernando e Isabel puede ser definida sin vacilar, como un formidable esfuerzo para crear la Monarquía, primera forma de Estado. Esta se apoyaba en un principio estrictamente religioso: la fe de Cristo era la verdad fundamental y a ella se sometía todo lo demás: ningún otro reino funcionaba de distinta manera. Antes de que Lutero estableciera su famoso principio "cuius regio eius religio", sometiendo a la voluntad del Soberano la Fe de sus Estados, los Reyes Católicos practicaron el principio opuesto: "cuius religio eius regio", lo que obligaba a someter todas las tareas de gobierno a los principios morales del Cristianismo. La justicia era, en consecuencia, virtud que fundamentalmente debía tenerse en cuenta. Entre las

figuras institucionales creadas por los Reyes Católicos se precisó la del Procurador fiscal, para atender aquellos casos en que la administración real era acusada. Son muy abundantes las sentencias hoy conocidas en que ésta resultó condenada. Un verdadero poder judicial, la Audiencia, se ocupaba de los pleitos civiles. Su trabajo fue inmenso. También la potestad legislativa, propia de la Corona, fue delegada: en las Cortes en cuanto capacitadas para la promulgación de los ordenamientos y, en segundo grado, en el Consejo Real, en cuanto a la publicación de pragmáticas. Conforme crecía el poder soberano de la Corona se iba haciendo éste cada vez más compartido y colegial.

La Monarquía Católica española no derivó hacia el absolutismo; mientras que la francesa, edificada sobre la "razón de Estado", sí.

La Monarquía Católica española fundada por los Reyes Católicos y prolongada después por los Austrias, y luego por los Borbones de manera ya progresivamente desvirtuada y deshispanizada y finalmente vacilante hasta 1.833, no sojuzgó nunca a los pueblos sobre los que ejerció soberanía, como ocurrió con las demás potencias europeas a partir del siglo XVII, en particular Inglaterra y Francia, que edificaron su política sobre la inicua "razón de Estado" sin reconocer ningún principio moral objetivo sobre el que fundamentar y atener las conductas nacionales.

La Monarquía Católica Española estuvo siempre edificada sobre el fundamento del Derecho natural y de la ley divinopositiva, es decir, sobre un concepto correcto - real - de la persona y de la libertad. Por eso puede decirse que ha sido la de más alta calidad científica que en el mundo ha sido, la más humana, generosa y noble. Tal es su singular grandeza y también la causa de que sea una Historia tan tremendamente controvertida por el ignorante y pervertido mundo actual.

El reinado de los Reyes Católicos es una singular y auténtica explosión de vitalidad que, con centro y vigor esencialmente castellanos, se manifiesta en todas las actividades humanas: lo mismo en lo político-militar, que en los viajes, exploraciones, hazañas individuales y colectivas, o en la fuerza creadora del espíritu: el pensamiento, la literatura o el arte. Aquella explosión fue un derroche fabuloso de energías sin igual en la Historia de la humanidad, un "cortocircuito" como lo llama Sánchez Albornoz, que no es posible sólo humanamente explicar sin referencia providencial. Los reinos de Castilla y Aragón, en apariencia divididos y decadentes, muestran de pronto una vitalidad que les hace capaces de las más trascendentales acciones colectivas. En pocos años, a partir de la batalla de Toro en 1.476, el país se multiplica, se organiza el primer Estado moderno del mundo, concluye la Reconquista con la toma de Granada, descubre América - la aventura más transcendental y bella de la humanidad - vence a Francia en la lucha por la hegemonía, controla el espacio italiano y se transforma de la noche a la mañana en la primera potencia mundial. Nace así de forma explosiva la gran Nación Española moderna con el extraordinario vigor de lo que propiamente se ha llamado la eterna metafísica española; y nace a continuación ese ámbito maravilloso de generosidad universal que se llama Hispanidad.

Los Reyes Católicos fueron grandes estadistas de valor realmente excepcional. Pero su extraordinaria labor no podía depender sólo de las virtudes de dos personas egregias y de un poder político por perfectamente dirigido que estuviera. Se comprueba en esa época un proceso súbito en el alma española, como una explosión de vida y de ansia de transcendencia. Fue la idea de unidad, cuyos principales impulsores fueron los monarcas, uno de los factores que galvanizaron aquel impulso colectivo que parece definir la actitud creadora y constructiva de los españoles de aquella época.

La unidad moral, superior de hecho a la simple unidad jurídica, estaba alimentada entonces por la unidad religiosa. La fe católica transcendía entonces profundamente a la vida pública y a las mentalidades individuales y colectivas. Ello confiere una formidable personalidad tan marcada a nuestra singular Edad de Oro, cuya gigantesca labor creadora en el pensamiento, en la literatura, en el arte y la milicia se produce toda ella en clave estrictamente católica. Esto es una realidad positiva impresionante y única en la Historia de la civilización universal.

La reforma de la Iglesia Española, cuya reimpulsora fue principalmente la Reina con la gran colaboración del Cardenal Cisneros, tuvo un doble objetivo: cultural y disciplinar. Ello elevó notablemente la formación y el espíritu de la Iglesia española y la madurez alcanzada por el pensamiento español. Esto fue uno de los factores principales que explica el fracaso del protestantismo en España; y de la defensa por España de la Europa meridional y de América, de la gran decadencia moral introducida en el mundo por el lamentable error protestante, oscurecedor de las inteligencias y divisor de las voluntades, generador de odios y profundamente deshumanizador.

En 1.480 las Cortes de Toledo acordaron la reforma del Consejo Real, que se nutrió en adelante de juristas y universitarios salidos en general del patriciado urbano y de la clase media, peritos en leyes, en economía y en diplomacia. El Consejo se desglosaba en Salas: de Estado o Asuntos Exteriores, Hacienda, Justicia y Hermandad en el orden interior. Pocos años después vendría la de Indias. Esta especialización fue dando enseguida gran eficacia a la administración del Consejo, órgano auxiliar de gran eficacia para el mejor gobierno real. Esto, y la creación del Ejército profesional, puede decirse que consagra de una vez para siempre el Estado moderno. Pero un Ejército formado y mandado en principio por nobles y sólo nobles, se convirtió en vehículo de transmisión de las virtudes: el ingreso en sus filas significaba un ennoblecimiento.

El militar más destacado fue Gonzalo Fernández de Córdoba, universalmente conocido como el Gran Capitán. Se distinguió ya en la reconquista de Granada por su genio militar renovando el arte de la guerra, por lo que algunos autores le colocan entre los más grandes militares de todos los tiempos. Se destacó luego en las campañas de Italia y en la toma de Cefalonia a los turcos (1.500). Fundó el ejército moderno de infantería y los famosos tercios españoles que eran invencibles y dominaron absolutamente los campos de batalla durante siglo y medio.

A lo largo de toda la empresa española en América, la Corona se sometió a examen de los teólogos, juristas y funcionarios, quienes consideraron con objetividad ejemplar todas las cuestiones que planteaba una realidad inédita. Oyeron innumerables opiniones, analizaron conductas y dictaminaron de acuerdo con los principios que presidían la vida del Imperio. No hay antecedentes históricos de que una nación triunfadora haya hecho una crítica tan rigurosa de su conducta y constituye una honra imperecedera de España, que dio todo lo que tenía en la más alta jerarquía de este tiempo. Infundió ese legado en una América que lo desconocía, porque quiso que esos territorios fueran la extensión de España, que así no fueron colonias ni factorías como las inglesas, francesas y holandesas, utilizadas sólo con fines comerciales y administrativos por funcionarios alejados de los nativos por motivos culturales o raciales.

Hispanoamérica, gracias a la formidable labor evangelizadora y civilizadora de España, se había organizado de una manera admirable. Y a pesar de la posterior adopción de ideologías francesas, las instituciones seguían respondiendo a las necesidades americanas. Un ejemplo fue la perduración del Consejo de Indias y de sus leyes, que se puede considerar como la obra de la legislación para las colonias modernas. Europa no ofrece otro ejemplo de un tribunal cuyas

decisiones hayan sido, durante trescientos años, tan luminosas, tan sabias como lo fueron y lo son aún las del Consejo de Indias.

Los Reyes Católicos sanearon la Hacienda desastrosa que tomaron al comenzar su reinado. Sin crear nuevos tributos, cuidaron de recaudar bien los antiguos. Los ingresos fiscales de Castilla sumaban unos 10 millones de maravedís anuales en tiempo de Enrique IV; y hacia el año 1.500 la Corona Castellana recibía anualmente más de un millón de ducados. Esta cifra bastaba entonces para fundamentar un imperio. Los Reyes trataron las cuestiones hacendísticas y económicas con particular esmero. Los Reyes Católicos hicieron todas estas cosas sin aumentar en absoluto los impuestos y tributos a que el pueblo ya estaba acostumbrado. Y mantuvieron la estabilidad en el precio del oro, lo cual constituye la gran hazaña de la vida económica de final del siglo XV.

Con este glorioso reinado se dio el impulso y se pusieron las bases de lo que sería a continuación la Edad de Oro de España y el imperio español, la mayor plenitud y extensión alcanzada por la civilización cristiana en la Historia Universal. La cultura española de la Modernidad otorgó al mundo su era de mayor nobleza, madurez doctrinal y espiritual, de mayor heroísmo, magnanimidad y belleza que conoce la Historia. Tal es la esencia de la cultura moderna que España tiene legada al mundo, tal es la noble herencia española: un orden de valores cristiano y noble, una forma específica de Caballería.

Sobre tan rico y sólido fundamento se fue edificando un pensamiento, un arte, una cultura: ella produjo a Cervantes, a Calderón, a Quevedo, a Francisco Suárez, a Velázquez y a Ribera... Nadie daba tanto en el mundo del Siglo XVI; y el P. Vitoria con la escuela de Salamanca, desarrolló la Leyes de Indias ya iniciadas por Isabel, y crearon el Derecho de gentes lo que constituye a España como depositaria de la gloria jurídica de Roma, superada por su propio genio con un concepto cristiano sobre la legislación política, social y económica.

España descubrió, evangelizó y civilizó América y a otras muchas gentes por el mundo. Fue una legión de titanes del espíritu que dejó su vida en tan formidable empresa durante más de tres siglos.

Una de las mayores glorias de la Reina Isabel y con ella de España, es la abolición de la esclavitud, al menos en la gran anchura del mundo hispánico.

Isabel concebía las explotaciones y conquistas como un medio para ampliar la Cristiandad y atraer almas a la fe de Cristo. Se comprende así muy bien que en las últimas horas de su vida, entre el 12 de Octubre de 1.504 en que firmó su testamento, y el 26 de noviembre, en que murió, se sintiera obligada a introducir el codicilo en que establecía la base argumental de toda su política; aquélla que dictaba, desde el principio, la doctrina de la Iglesia: los habitantes de las islas y tierras recién descubiertas eran personas humanas, debían ser tratados como súbditos, convertidos a la fe y respetados en su libertad. Era la primera vez en la Historia que esta doctrina acerca de un derecho natural, previo a cualquier otro, se presentaba en forma imperativa, con un mandato. Realmente fue un testamento ejemplar. Porque quiso convertir de una manera especial en ley del reino, la doctrina de la Iglesia acerca de la libertad de los indios. Y aprovechó su testamento, ley fundamental, puesto que expresa la voluntad del soberano impuesta a su sucesor, para introducir un codicilo que se adelantaba a los demás países del mundo en varios siglos: y que en algunos aspectos esenciales sigue adelantado hoy. Ello dio lugar al mestizaje, fenómeno genuinamente español de generosidad universal.

Los anglosajones aniquilaron prácticamente a los indios de su territorio y el tráfico de



esclavos negros se practicó durante casi tres siglos principalmente por ingleses y franceses. La introducción de esclavos en los dominios españoles es consecuencia de la influencia inglesa en el Tratado de Utrecht (1713).

\* \* \*

La transcendencia benéfica que el reinado de los Reyes Católicos tuvo para el mundo fue y sigue siendo enorme. Isabel tuvo parte principalísima y decisiva en ello, porque además ella tomó, entre otras, las iniciativas y las tres decisiones clave; a saber: defender con extraordinaria inteligencia y energía, a través de grandes dificultades, su legitimidad en la sucesión al trono de Castilla; su matrimonio con Don Fernando, contra todo un acoso de violentas y poderosas intrigas que a ello se oponían; su personal y decisivo apoyo a Colón para la firma de las capitulaciones que dieron origen al descubrimiento de América.

Una de las mayores glorias de la Reina Isabel y con ella de España, es la abolición de la esclavitud, al menos en la gran anchura del mundo hispánico.

Durante la Edad Media se había resuelto de un modo pragmático en la Europa cristiana, que los infieles podrían ser reducidos a esclavitud y los bautizados no. Se consideraba que los infieles, al vivir dentro del pecado original sin posibilidad de acceder a la gracia, se hallaban desprovistos de derechos naturales. De este modo los judíos y musulmanes que vivían en territorio cristiano gozaban de derechos en cuanto que las leyes o pactos emanados de los monarcas cristianos se los otorgaban. Pero en el siglo XIII una línea de pensamiento, de la que Inocencio IV y Santo Tomás de Aquino fueron las figuras más relevantes, comenzó a plantear la cuestión de otro modo: el derecho natural, incluyendo vida, propiedad y libertad personal, no se veía destruido por el pecado original. Por otra parte, era bien clara la doctrina sostenida desde San Agustín de que nadie puede ser obligado a la conversión por la fuerza: por consiguiente, el bautismo de los infieles suponía la libertad personal de éstos y el derecho a ejercerla. Los Reyes Católicos no dejaron de hacer referencia a ella en sus relaciones con judíos y musulmanes. Toda la tradición española, desde San Raimundo de Peñafort y Ramón Llull, estaba impregnada de esta misma doctrina - recuérdese la línea tomista de la reforma católica española -, la cual no excluía que se emplearan medios persuasorios graves ni que se considerase la cruzada como el medio legítimo para arrebatar a los infieles su poder. Llull, en la Blanquerna, libro que figuraba en la Biblioteca de Isabel, lo explicaba de este modo: la guerra de cruzada era necesaria para establecer autoridades que hicieran posible la predicación e instrucción de los infieles en orden a su conversión. En las bulas que otorgaban los privilegios pertinentes, los Papas calificaban de "buena y santa" la cruzada.

\* \* \*

En los años en torno a 1992, con motivo del V Centenario del Descubrimiento de América, hemos visto y oído innumerables panfletos de procedencia diversa y de índole calumniosa y denigrante para la figura y obra de la egregia persona de Isabel la Católica. Claro que a la vez está en marcha su proceso de beatificación.

También felizmente hemos visto publicaciones y actitudes honorables de hombres de

ciencia y conciencia, de historiadores ilustres españoles y extranjeros, de numerosos obispos de Europa y América. La actitud verdaderamente científica de éstos se caracteriza por el análisis riguroso de las conductas y los acontecimientos situados en su propio contexto histórico, y no juzgando las cosas en función de parámetros actuales preestablecidos, lo cual se llama prejuicio. La actitud mental de los detractores es científicamente falsa, porque retrotraen un pensamiento actual a un pensamiento antiguo - antiguo pero correcto en las coordenadas ortodoxas y públicas de su tiempo -, con lo que cometen una tergiversación gravemente injusta de las personas y los hechos, con grave daño para la salud mental de muchas gentes.

A finales del siglo XV los turcos amenazaban gravemente a toda la Europa cristiana. Dominaban el Mediterráneo, arrasaron los Balcanes y en 1480 ocuparon Otranto. El terror sacudió a todo el Occidente porque se temía que Italia corriera la misma suerte que los Balcanes. El Papa trataba de organizar una liga para la defensa. Y el poner fin a la Reconquista en España con la toma de Granada, y el suprimir la presencia del Islam en España, suponía así un gran interés estratégico general de toda la Cristiandad.

La guerra de Granada exigió un esfuerzo enorme en todos los aspectos, pero Isabel no se quejó en ningún momento del esfuerzo realizado: Granada justificaba todos los sacrificios.

Las capitulaciones otorgadas a Boabdil, héroe extremo de la resistencia, fueron ampliamente magnánimas y generosas, respondiendo muy significativamente al perfil moral de Isabel y Fernando.

En cuanto a los judíos, habían sido ya expulsados de toda Europa en los siglos anteriores. España fue la última nación en tomar esta medida; y no fue tanto la expulsión de los judíos como la supresión del judaísmo en España por razones igualmente estratégicas de interés general de la Cristiandad. Toda la Europa cristiana celebró con la alegría el edicto de los Reyes Católicos de marzo de 1492. La Sorbona, que era como una Universidad Central de Europa, manifestó expresamente por escrito a los reyes españoles su gran satisfacción por esta decisión. También hubo alegría en Roma. Se trataba de salvar a España y a Europa de un grave peligro doble: hacia dentro, más bien espiritual y en defensa de la fe; y hacia fuera, también espiritual y a la vez militar en aquel momento histórico tan crítico.

El Papa Sixto IV envió un legado especial investido de plenos poderes para la Península Ibérica. Según el Papa, sobre la Cristiandad se cernía un gravísimo peligro procedente del exterior, por la amenaza turca que crecía de día en día, y del interior, por la presencia de amplias colonias de infieles, esto es, judíos y musulmanes, en la misma retaguardia. Era España prácticamente el único país de Europa en donde todavía el judaísmo y el Islam se practicaban por un número crecido de personas al amparo de la ley. Esto había provocado el problema subsidiario de los conversos que no eran sinceramente cristianos - los falsos conversos - y que, según el Pontífice, dañaban gravemente la fe.

Y es que la Verdad cristiana, salvadora del hombre, se tenía entonces por el máximo y sumo Bien. Esto le cuesta comprenderlo al "hombre moderno", a quien no chocará en cambio que la protección de la salud sea actualmente preocupación primordial de la autoridad pública y justifique no pocas molestias y restricciones. Pues el hombre religioso europeo puso en la defensa de la fe y en la lucha contra el error el mismo apasionado interés que el "hombre moderno" pone en la lucha contra el dolor, el cáncer, la contaminación, o en la defensa de la salud física o la democracia; y esto, a la vez que asesina a millones de seres humanos inocentes

no nacidos.

Isabel actuó siempre y en todo hija fiel de la Iglesia. Si la Iglesia le hubiera dicho conserve Ud. los judíos, los hubiera conservado. Como la Iglesia le dijo suprima Ud. el judaísmo, lo suprimió.

La tumba de los Reyes Católicos en Granada fue profanada y saqueada por los soldados franceses de la Revolución atea en 1810. Hoy es una reliquia, la huella indeleble dejada por una mujer, Isabel, en cuyas manos puso la Providencia los más altos destinos de la Tierra. A lo que ella correspondió derrochando las cuatro virtudes cardinales sobre el pilar de una fe incommovible.

\* \* \*

- "Cuando los Reyes Católicos tenían en Medina su casa, desde ella se habían construido muchas cosas para esa gran estructura política que en el siglo XVII Campanella llamaría Monarquía Católica. Monarquía por la unidad conseguida entre tantos Reinos y católica porque tal era la condición sobre la que se apoyaba la legitimidad. Quienes emprendían el camino de América, llevaban ambas cosas. Pues España no construyó al otro lado del mar un sistema colonial sino que fundó reinos, intentó bautizar a los indios y pretendió que, ellos también, viviesen en ciudades, como Medina, para que pudieran ser vecinos. La población indígena debía ser organizada y sometida al orden superior. Emociona pensar que, desde un pequeño rincón de esta plaza, puesta ya en trance de muerte, la Reina se ocupara de los habitantes de las Islas y Tierra Firme de la mar Océana, para recordar que eran seres humanos libres a quienes no se podía hacer agravio en personas y bienes".

"La Monarquía es una forma - primera forma de Estado - que se apoya en la fuerte conciencia del deber. Los reyes han sido suscitados por Dios mediante la objetiva vía del nacimiento, pero sobre ellos pesa un tremendo deber, el de reinar, del que, como recuerda Isabel al final de sus días, al mismo Dios tienen que rendir cuenta. Ese deber aparece íntimamente relacionado con la existencia de la ley. No hacía muchos años que los monarcas españoles encomendaran a Rodríguez de Montalvo la codificación, en un solo cuerpo, de las leyes vigentes. Ahora, desde el Rey al último de los súbditos, todos sabían a qué atenerse, pues el cumplimiento de la ley obliga a todos. Entre Rey y reino, aunque no se diga, en esa España en que alborea el siglo XVI, existe una especie de pacto en obligación recíproca que aparece sumisa a la ley, y, a través de ella, al orden moral".

"Esta fue la situación histórica de una sociedad en la que los hombres podían desplegar al máximo su verdadera libertad y su capacidad creadora, como lo demuestran culturalmente los incomparablemente ricos y fecundos siglos de la era española imperial. Y no la falsa libertad que se grita cada día de mil modos por el mundo desde la Revolución, como voz gritada en el desierto por una muchedumbre de nadie".

"La virtud esencial que definen las Cortes castellanas en esta relación entre monarca y súbditos, es la lealtad. Pues no basta una obediencia fiel: es importante, sobre todo, evitar que el Rey cometa errores. Un caballero leal trataba de ser precisamente, aquel que sabe plantarse ante su jefe o su propio soberano para evitar que cometa injusticia. Y tal actitud ante la vida constituye lo que podríamos llamar (castellanidad)".

"La nobleza, especialmente la mediana o hidalguía que no tiene patrimonio más valioso que su propia condición, el "honor", actuó como formidable educadora de la sociedad. En esta educación entraban especialmente dos virtudes, el "artificio de lo heroico" y la "nostalgia de una vida más bella". Nunca el valor parece tan puro y sin mancha como cuando es gratuito o se ejerce al servicio de una descomunal empresa".

"Si tuviéramos que resumir en dos palabras aquello que España aportó para la construcción de América, término nuevo de una sociedad nueva, tendríamos que reducirnos al caballo y el Padre Nuestro. El caballo no es solamente ese cuadrúpedo que puede ser montado, cambia el arte de la guerra e imprime a los hombres esa segunda velocidad que ya no será sustituida hasta la aparición de la máquina de vapor: implica un modo de vida y un espíritu, el de la caballería, en la que las normas rigurosas de conducta y la superioridad inherente al jinete, aparecen aplicadas a todos los aspectos de la existencia humana. Los encontramos con distintos nombres en toda la geografía americana: los llamamos charros en tierras de México, huascos en Chile o gauchos en las esteparias soledades de la Pampa. Pero, en ellos, esa nostalgia de una vida más bella, como la describe Martín Fierro - "hubo un tiempo que tenía" - ese valor artificioso del "hombre macho" de la canción mejicana donde siempre "se quiere por derecho", y esa nostalgia por un futuro, aparecen siempre".

"La ciudad, núcleo urbano más bien, fue transplantada a América. En ella no eran posibles los abusos que se producían en el campo: de este modo la ciudad, con sus iglesias y sus regidores, pasaba a ser meta de libertad. En la ciudad no es posible la derivación de la encomienda en abuso. Después vinieron los virreyes. Todavía hoy Antonio de Mendoza o Pedro de La Gasca quedan en la memoria histórica americana como los ejemplos del bien gobernar. De este modo, mientras Europa se desgarraba, en una escalada de guerras que habrían de conducir a la terrible de los Treinta Años, guerras con el agravante de la religión, se estaba tratando de crear en América una paz hispánica que se prolongaría hasta principios del siglo XIX y aún más allá".

"Felipe II había tenido en 1559 un sueño, el de la paz interna en la Cristiandad europea, por el tratado de Cateau Cambresis. Aunque este sueño se disipó en menos de un decenio, él había decidido plasmarlo en una realidad de piedra, que es el monasterio de El Escorial, dedicado al santo del día de la batalla de San Quintín, que estaba destinada a ser la última y la generadora de esa paz entre católicos que debía permitir el ascenso de la vieja Europa. Pero en El Escorial hay mucho más arquitectura: sus proporciones geométricas son semejantes a las de una composición musical; de ahí las excepcionales condiciones acústicas que aun experimentamos. Hay, sobre todo, una visión profunda de la existencia de los tres planos, el superior del palacio, el mediano de la iglesia, el inferior del sepulcro, todos los cuales tienen su centro geométrico en el Sagrario. Y para cubrir a éste, un cristal transparente de los Mares del Sur. El monasterio de El Escorial es el monumento máximo de la racionalidad que existe en el mundo".

"Pues la mentalidad que España trataba entonces de defender era aquella que juzga real y verdadera esa indicación de trascendencia que la doctrina católica hace suya. De este modo de pensar, que es el que conduce a Trento, habían extraído importantes consecuencias los autores que agrupamos por comodidad en una "escuela de Salamanca". Todo progreso, en el ser humano, consiste en un aumento de la calidad y no de la cantidad. Se trata de una conciencia que, rebotando en los siglos, llegará hasta la famosa definición de Ortega y Gasset: "ser más" y no "tener más". Pero en ese ser la cualidad principal se atribuía entonces al hecho de ser cristianos: se ofrecía a los indios esa posibilidad como el único auténtico y deseado progreso. Si alguien hubiera sostenido la tesis de que se debe dejar a los indios en sus estructuras y formas culturales le habrían tomado por loco".

"Todo hombre, ser humano, criatura de Dios, llega a este mundo dotado de dos condiciones esenciales; capacidad racional para el conocimiento especulativo, lo que significa saber qué es el bien y qué son lo bello y lo justo, y libre albedrío, que sólo se ejerce correctamente cuando se acomoda a los principios morales que coinciden también con el orden que reina en la Naturaleza. De este modo se entendía, como parte de ese "ser hombre", la posesión de deberes y derechos que son, por sí mismos, naturales y humanos. Derecho de gentes lo llamaron para explicar que no se trataba de una ciudadanía ni siquiera de algo que estuviese relacionado con el ser cristiano".

"Ahora, en los años 60, cuando las conquistas estaban suspendidas pues reinaba, en favor de los indios, una prohibición, América empezaba a madurar. México y Perú eran ya reinos, con su territorio delimitado, sus Leyes "nuevas" a las que todos estaban sujetos, y sus Audiencias, que sustituían a las Cortes porque no había al otro lado del mar estamentos. Poco a poco en las venas del mundo nuevo, iban entrando, con sus vicisitudes y también sus defectos, los valores propios de una sociedad aristocrática que repudiaba los trabajos mecánicos como inferiores, valoraba el ocio y la renta, y entendía que lo importante era crear. La América de hoy guarda estos rasgos. Porque los españoles decisivos no fueron allá para hacer fortuna y volverse con ella: pusieron los pies en tierra y echaron raíces. Así vástagos de una misma familia, separados por un millar de leguas, pudieron seguir creciendo en paralelo. Que una parte de la vieja Castilla murió desviviéndose, para que, al otro lado del mar floreciera ese mundo que hoy despierta en nosotros la admiración profunda y el amor entrañable". (Luis Suárez Fernández: "Altar Mayor" n° 44)

### **3. Descubrimiento y civilización de América: El Imperio español**

El Descubrimiento de América es una de las aventuras más bellas de la humanidad, "el hecho de por sí más grande entre los hechos humanos", como señaló el Papa León XIII.

A partir de 1.520 se produce una serie asombrosa de hechos de los más impresionantes de toda la historia universal. En 1.520 se produce una verdadera explosión de vitalidad conquistadora que causa la admiración de todos los historiadores españoles y extranjeros. Los hechos son perfectamente conocidos; pero nadie ha conseguido aún explicar como pudieron producirse. El resultado es que hacia 1.540 todo el inmenso espacio comprendido entre el norte de México y Santiago de Chile había sido conquistado por unos pocos miles de españoles.

La gesta conquistadora fue obra de gloriosos aventureros que se lanzaron a la empresa en busca de fama, de riqueza o de engrandecimiento del Reino de Dios: que de todo hubo. Con un denominador común: una enorme capacidad operativa, intrepidez, voluntad y valentía. Hernán

Cortés partió de Cuba con 416 hombres y se apoderó del imperio azteca en una serie de hazañas que aun hoy parecen legendarias. Francisco Pizarro, con poquísimos medios y en las condiciones más hostiles, con 170 compañeros se apoderó del imperio inca, atravesó las gargantas andinas hasta Cajamarca y en un audaz golpe de mano se apoderó del jefe inca Atahualpa. Al sur de Perú la conquista más asombrosa fue la de Chile, a la que se lanzó Valdivia con su ejército de siete hombres (luego recibió refuerzos, algo más de cien), para atravesar el desierto más árido del mundo, el de Atacama, y ocupar en los valles andinos un espacio tan largo como el de Madrid a Moscú.

El conquistador realizó su empresa por iniciativa propia, pero nunca en nombre propio. Lo primero que hace es poner el nuevo territorio bajo la soberanía del Rey de España. El Estado tuvo que realizar luego una gran labor - y la realizó - menos espectacular pero tan decisiva para la historia universal: la religiosa y cultural (las misiones, escuelas y Universidades), la político-administrativa (los virreinos), y la economía (la explotación del metal precioso)-

El gran hispanista norteamericano Charles F. Lummis, en su magnífica historiografía titulada **"Los exploradores españoles del siglo XVI"**, escribe esto:

- "El honor de dar América al mundo pertenece a España; no solamente el honor del descubrimiento, sino el de una exploración que duró varios siglos y que ninguna otra nación ha igualado en región alguna. Es una historia que fascina (...). Amamos la valentía, y la exploración de las Américas por los españoles, fue la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de valientes proezas que registra la historia (...). Había un viejo Mundo grande y civilizado: de repente se halló un Nuevo Mundo, el más importante y pasmoso descubrimiento que registran los anales de la humanidad. Era lógico suponer que la magnitud de ese acontecimiento conmovería por igual la inteligencia de todas las naciones civilizadas, y que todas ellas se lanzarían con el mismo empeño a sacar provecho de lo mucho que entrañaba ese descubrimiento en beneficio del género humano. Pero en realidad no fue así. El espíritu de empresa de toda Europa se concentró en una nación, que no era por cierto la más rica o la más fuerte. A una nación le cupo en realidad la gloria de descubrir y explorar América, de cambiar las nociones geográficas del mundo y de acaparar los conocimientos y los negocios por espacio de un siglo y medio. Y esa nación fue España.

Ocurrió ese hecho un siglo antes de que los anglosajones pareciesen despertar y darse cuenta de que realmente existía un nuevo mundo; durante ese siglo la flor de España realizó maravillosos hechos.

Españoles fueron los que vieron y sondearon el mayor de los golfos; españoles los que descubrieron los ríos más caudalosos; españoles los que por primera vez vieron el Océano Pacífico; españoles los primeros que supieron que había dos continentes en América; españoles los primeros que dieron la vuelta al mundo. Eran españoles los que se abrieron camino hasta las interiores y lejanas reconditeces de nuestro propio país, y los que fundaron sus ciudades miles de millas tierra adentro, mucho antes de que el primer anglosajón desembarcarase en nuestro suelo. Aquél temprano anhelo español de explorar era verdaderamente sobrehumano.

No sólo fueron los españoles los primeros conquistadores del Nuevo Mundo, sino también sus primeros civilizadores. Ellos construyeron las primeras ciudades, las primeras iglesias, escuelas y Universidades; montaron las primeras imprentas y publicaron los primeros libros; escribieron los primeros diccionarios, historias y geografías, y trajeron los primeros misioneros. Una de las cosas más asombrosas de los españoles, es el espíritu humanitario y progresivo que desde el principio hasta el fin caracterizó sus intenciones. Algunas historias han

pintado a esa heroica nación como cruel para con los indios; pero la verdad es que la conducta de España en este particular a nosotros debiera avergonzarnos. La Legislación española referente a los indios de todas partes, era incomparablemente más extensa, comprensiva, sistemática y humanitaria que la de la Gran Bretaña, la de las Colonias y la de los Estados Unidos juntas. Aquellos primeros maestros enseñaron la lengua española y la religión cristiana a mil indígenas por cada uno de los que nosotros aleccionamos en idioma y religión. Ha habido en América escuelas españolas para los indios desde el año 1.524. Tres Universidades españolas tenían casi un siglo de existencia cuando se fundó la de Harvard. Sorprende el número de hombres educados en colonias que había entre los exploradores españoles; la inteligencia y el heroísmo corrían parejos en los comienzos de la colonización del Nuevo Mundo" - (págs. 22,23)-

\* \* \*

La entronización de la Casa de Austria tuvo la virtud de dotar a España de una política de los más altos vuelos. Carlos V, el hombre del siglo, intuyó en su tiempo como nadie la unidad de Europa, de Occidente, pero en su espíritu prevalecían inicialmente los intereses del Imperio alemán sobre los propios intereses españoles. Sin embargo al fracasar en su empeño de establecer sobre nuevas bases el Imperio alemán, debido a la rebelión protestante, abrió las puertas para el establecimiento del Imperio español.

España, al aceptar sin reservas la política imperial, se había convertido en el centro del Imperio. Las ideas políticas y religiosas, los soldados, el dinero del emperador eran españoles. El único equipo humano organizado y homogéneo, capaz de regir un imperio más o menos unitario, era el español.

Alemania, desvinculada ya de todo cometido imperial, con su estructura medieval casi intacta y dividida por las confesiones religiosas, quedaba en manos de su hermano Fernando. La idea del Imperio potencia se mantenía, pero no ya tomando como base el viejo Imperio alemán, sino levantándolo como un puente gigantesco sobre el Atlántico.

Los monarcas austriacos se hispanizaron hasta la médula. A este proceso respondieron los españoles con un proceso de "imperialización". Así se hizo realidad histórica esa simbiosis España-Imperio, eje de la política mundial durante dos siglos. Así desde 1.492 hasta 1.700, aproximadamente, un nuevo Imperio se levanta en España, después de tres siglos y medio de olvidado Imperio medieval. Es un Imperio mundial, fundado en las ideas universalistas de la filosofía de la Historia concebida por el gran Padre de la Iglesia, el obispo de Hipona; un Imperio de la Edad Moderna que deja atrás y olvidado al medieval Imperio romano-germánico. Castilla fue el reino que aportó los mayores esfuerzos, tanto humanos como económicos; el que dio, por lo general las ideas y los ideales que rigieron el imperio. De las 600 operaciones crediticias concertadas por Carlos V, 518 pesaron sobre la hacienda castellana. Castilla fue así, a la vez, la que cargó con la mayor parte del peso, pero también con la mayor parte de la gloria.

\* \* \*

La reforma protestante fue para muchos, sobre todo para los nobles y "príncipes" de

Alemania, un cómodo expediente para apoderarse de los bienes de la Iglesia y mantener sus privilegios feudales. Las querellas de teólogos y reformadores, al derivar en posturas políticas, desembocaron en un estado de guerra.

Lo más grave en el ámbito doctrinal es lo que expresó Lutero con su conocida frase **cuius regio eius religio**, que daba a los príncipes el derecho de imponer la creencia a sus súbditos. Esto suponía una negación de la libertad del hombre y también una negación de la capacidad de la razón humana para iluminar y explicar racionalmente las verdades de la fe. Lutero negó todo valor al conocimiento especulativo y por eso llamó **la prostituta** a la razón humana.

El lógico pesimismo introducido en el mundo por el error protestante, marcó la gran decadencia moral que se siguió en la Europa de la reforma luterana progresivamente hasta el día de hoy.

Entre 1545 y 1563 la Iglesia hizo un esfuerzo formidable para salvar la imagen del hombre "nuevo" y para invitar a todos los europeos a defenderla. Este esfuerzo se llama Trento, adonde los protestantes ya no quisieron acudir. En sus tres etapas, el Concilio fue defendiendo los tres más sólidos fundamentos sobre los que puede edificarse la dignidad humana. Primero dijo que la naturaleza humana es capaz de obtener méritos y de realizar obras creadoras más allá de los estrechos límites del mundo; por consiguiente, negó que la fe sin obras bastase e invitó a los hombres a operar sobre el mundo. Luego defendió la presencia real de Cristo en la Eucaristía, lo que significaba el establecimiento de una comunicación sustancial y permanente entre inmanencia y trascendencia; de ahí extrajo también la consecuencia de la recuperación del hombre pecador y de que ninguna situación moral puede considerarse irreversible. Por último defendió la capacidad de la razón para iluminar incluso las verdades de la fe.

Frente a la doctrina irenista que defendía Seripando, se impuso la tesis de los españoles: la justificación del hombre por sus obras mediante la gracia de Dios. La claridad esquemática de la doctrina tridentina se impuso con la certeza inconfundible de la luz.

El Concilio de Trento es una parte de la historia de España en el sentido de que la participación de los teólogos españoles resultó decisiva. El hecho demostró, por una parte, la eficacia de la reforma de la Iglesia española emprendida por los Reyes Católicos y Cisneros; y, por otra, su capacidad doctrinal - fruto de la madurez del pensamiento español por entonces - para hacer frente a la más graves cuestiones. La Compañía de Jesús, fundada pocos años antes por otro español, Ignacio de Loyola, sería el arma más fuerte de la Iglesia en el movimiento de reexpansión del catolicismo en todos los órdenes que siguió al Concilio de Trento, es decir, en la llamada por algunos historiadores Contrarreforma.

Las sesiones tridentinas culminaron a fines de 1563. La doctrina de la Iglesia quedaba clarificada en cánones estrictos, donde no cabían equívocos o interpretaciones ambiguas. En su forma, es obra de una generación que ve más necesaria que nunca la firmeza inflexible de las definiciones, del mismo modo que estima perniciosa y osurecedora la tendencia al diálogo con el error. Felipe II, paladín de la Contrarreforma, no hace sino participar de este espíritu general.

El gran rey Felipe II reanudó la política de cruzada cuando el peligro turco se recrudecía sobre el Mediterráneo. Los turcos conquistaron Chipre en 1570. El Papa San Pío V predicó la cruzada general, a la que España se adhirió desde el primer momento. Pero no así Francia ni el menguado Imperio romano-germánico. La "Liga Santa" que al fin se formó, estaba constituida sólo por España, Génova, Venecia y los Estados Pontificios, sin otra gran potencia que la



española, que fue la que aportó la mayor parte de los barcos, los hombres y el dinero. Mandó la expedición el español Don Juan de Austria.

El 7 de octubre de 1571 chocaban las escuadras a la entrada del golfo de Lepanto. Fue una de las batallas navales más grandes de la Historia, en la que participaron más de 300 barcos por bando y unos 80.000 hombres. Se llegó al abordaje masivo, hecho que sin duda favoreció a los cristianos que llevaban embarcada a la famosa infantería española. Fue una de las victorias más sensacionales de todos los tiempos. Los turcos perdieron 300 galeras y sólo 30 pudieron salvarse; sólo 10 barcos cristianos se fueron a pique. La escuadra otomana, completamente destruida y muerto su célebre caudillo, convirtió al Mediterráneo en un mar cristiano y la decadencia turca se precipitó entonces sin remedio.

\* \* \*

El Emperador y su hijo el gran rey Felipe II profesaron un profundo amor a Castilla, como la amaron los Reyes Católicos y todos los gobernantes españoles; "porque ha sido siempre la región que ha sabido dar el paso mesurado en los tiempos de agitación; la que se ha orientado hacia el progreso estricto sin preocuparse de la moda; la que ha hecho en cada instante el sacrificio más costoso por la patria común sin pasar jamás el recibo; la que ha visto nacer en su seno al hombre inteligente, sobrio, generoso y valiente, y a la mujer enjuta, paridora y recta, que conservan y transmiten como nadie la esencia inmortal de lo español". (Marañón)

En 1536 Carlos V adoptó solemnemente la lengua castellana como lengua universal de la política, en un parlamento celebrado ante el Papa Paulo III; cuando el obispo de Macon se quejaba de no entender la lengua, el César le respondió: "Señor Obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana".

La mayor intensidad de la influencia cultural española en Europa coincidió con el máximo apogeo del barroco. Durante los primeros años del reinado de Felipe IV parecía España dotada de más bríos y esperanzas que nunca. Finalizada la tregua con los Países Bajos, los holandeses fueron derrotados por tierra y mar; los franceses fueron rechazados espectacularmente de Italia. Las victorias exteriores no hacían sino fomentar el clima de orgullo propio de los tiempos; las publicaciones del barroco se hacían eco de la grandeza de España y la nobleza de sus ideales.

En el teatro flotante se representaron los mejores dramas de nuestro siglo de oro. Y aquel teatro - de Lope de Vega, Calderón, Rojas, Tirso de Molina o Moreto - representa a las mil maravillas, con su exaltación del sentido del honor, su idealismo y su visión teológica, filosófica y ética, todo el espíritu de su tiempo.

El pensamiento, la literatura, el arte de España, alcanzan por entonces no sólo el momento cumbre de su historia, sino, sobre todo, el de su más peculiar personalidad. No hay, como en el Renacimiento, influencias italianas o flamencas, sino todo lo contrario: el arte, la literatura, las modas, la indumentaria, hasta los ritmos de baile españoles se imponían en toda Europa. Las bibliotecas de Londres estaban llenas de libros españoles, y en París el mejor negocio, según Brantôme, era montar una academia de lengua castellana; Tiermann y Weissbach han podido estudiar, por ejemplo, los influjos hispánicos en Bohemia y en Polonia en la primera mitad del siglo XVII. España, es cierto, estaba al borde del agotamiento, pero su personalidad se

desbordaba hacia el mundo más que nunca.

#### **4. Derrota española: Westfalia.**

España se hallaba muy agotada como consecuencia del esfuerzo sostenido durante el siglo y medio anterior. La civilización de América, las guerras y las pestes habían menguado considerablemente la población. La economía estaba exhausta y se iban extinguiendo las energías creadoras.

En España se consagra - por más que viniera larvado del siglo anterior - el concepto de "Estado misional", esto es, provisto de una misión concreta que realizar en el mundo, en defensa de la fe y de los valores de la civilización cristiana. De aquí que lo caballeresco y su personificación en el caballero o el hidalgo imprima carácter a la historia española del siglo XVII, que es también el siglo del barroco español. Esta manera de ser hace que los ideales más puros y generosos prevalezcan sobre el ideal burgués o el sentido práctico o meramente utilitario.

Francia defendía una nueva concepción del mundo, basada en el naciente racionalismo y en una visión utilitaria o pragmática de las cosas; proclama la "razón de Estado", según la cual las naciones no están sujetas a normas de moral objetivas, sino que cada una debe buscar aquella

política capaz de enriquecerla o engrandecerla. Un orden europeo, basado en unos principios únicos a aceptar por todos, sería injusto.

Los españoles, en cambio, no aceptan la idea de Europa como diversidad, sino la de Cristiandad, que unifica a Occidente, no física, pero sí moralmente en unos ideales comunes.

La guerra ardía de nuevo en el corazón del Imperio alemán. Pero España, erigida ya por los acontecimientos en guardiana activa de la situación en Europa, no podía permitirse un momento de respiro. El ejército sueco, dotado por primera vez de uniformes modernos y armado de fusiles de chispa, gozaba fama de ser invencible desde que el rey Gustavo Adolfo de Suecia pretendía ser cabeza del mundo protestante y germánico y había transformado a su país en una gran potencia militar.

Una vez más tuvo que intervenir España en el espacio alemán. En la batalla de Nördlingen (1.634) los suecos fueron destrozados por la infantería española. Los soldados españoles se desparramaron por Alemania y se asomaron a las orillas del Báltico. La enorme potencia española, a pesar de todos los síntomas de cansancio, se había impuesto espectacularmente una vez más.

La guerra entre católicos y protestantes, que había ido transformándose también en una lucha por el dominio de Europa, parecía definitivamente ganada. Pero no fue así. En mayo de 1.635 Francia se sumó a la guerra contra España en la llamada guerra de los Treinta Años. Los franceses fueron derrotados en un intento de penetrar en los Países Bajos; y en otro intento de entrar en España por Fuenterrabía. Pero en 1.643 los españoles sufren su primera derrota en la batalla campal de Rocroy. Y otro desastre en Lens (1.646) conduce a la paz de Westfalia (1.648), en la que España se ve obligada a admitir, con la pérdida de su hegemonía en el mundo, la realidad de un mundo nuevo.

Westfalia significa el triunfo de la concepción antropocéntrica del hombre sobre la teocéntrica, de lo subjetivo sobre lo objetivo. En Westfalia se instaura el triunfo del interés de la burguesía sobre la derrota del ascetismo exigente de una concepción cristiana de la vida. Cuando a la Europa del servicio sucede la Europa del interés y de la inicua "razón de Estado", cuando a la Europa trascendida de San Benito que llamaba al trabajo "servitium sanctum", sucede la Europa de los Fugger o Maquiavelo, España derrotada en Westfalia al ser derrotada la causa católica, se queda replegada en sí misma. España siguió abrazada a la Verdad.

La paz de Westfalia señala el cambio definitivo del destino de Occidente. El fin de la hegemonía española es el fin de la mayor plenitud y extensión alcanzada por la civilización cristiana en la Historia universal, que fue en parte compensada por la evangelización española en América.

El siglo XVIII presencia el avance de la revolución atea con el enciclopedismo francés y la ilustración que se mofa de Dios, el hombre y los valores superiores del espíritu. España fue desespañolizada por los Borbones en su concepción de la política. Experimentó no obstante un nuevo auge económico y militar, extendiendo al máximo sus dominios de América como consecuencia de su ayuda a los yanquis en su guerra de la Independencia.

La invasión ideológica revolucionaria, procedente mayormente de Francia, comenzó a hacer sus estragos en España. Hubo algunos hombres valiosos que intentaron una "ilustración cristiana" en España, pero no hubo propiamente genios creadores en la España del siglo XVIII, aunque el pueblo, como juzga Menéndez Pelayo, siguió siendo español, es decir, adicto a la

Verdad, sano y religioso como lo demostró heroicamente en la guerra de la Independencia contra los ejércitos de Napoleón.

Francia gestó y realizó la revolución atea, liberal primero y marxista después como consecuencia lógica de su raíz falsa. Europa siguió así un lamentable proceso de trágica descomposición con la defección de parte considerable de sus "intelectuales". Desde finales del Siglo XVIII este proceso se siguió lentamente, como a saltos, buscando cambios políticos y económicos pero tratando de conservar los demás valores de su patrimonio. Pero luego, cada vez con mayor velocidad, hasta hacerse vertiginoso, entró en el proceso revolucionario que todavía hoy vivimos. Muy otro fue el proceso histórico español y del mundo hispánico, no sólo y de modo evidente durante la Edad de Oro sino durante mucho tiempo después de la derrota. Por ello se puede hablar en rigor de dos modernidades: una católica y otra protestante y positivista; o también, de una modernidad hispánica y de otra centro europea, nórdica y anglosajona. En su grandiosa Edad de Oro, España creó una vigorosa cultura cristiana de influencia universal, que es el monumento más rico y valioso de toda la cultura mundial moderna que conoce la Historia. Esto sólo se explica por misterioso designio divino y porque la raza española ha demostrado la máxima categoría humana que se ha conocido en la Historia.

Además de la maravilla que es la herencia cultural española, España intervino en una serie innumerable de guerras a lo largo de su Historia. Todas las guerras que libró España fueron legítimas o en legítima defensa propia y ajena. Las libradas en generosa defensa de la Cristiandad fueron básicamente en dos direcciones geográficas: hacia Occidente, el Descubrimiento, conquista, evangelización y civilización de América, operaciones todas simultáneas en la intención española y progresivas en el orden en que lógicamente se pueden enunciar. Hacia el Oriente, en defensa de la Cristiandad del gran peligro de la invasión turca que amenazaba muy gravemente con el dominio del Mediterráneo y hasta el corazón de Europa. Gran parte de las guerras libradas por España fueron cruzadas convocadas por los Papas o respaldadas moralmente por bulas pontificias.

## **5. España: esencia histórica inmortal.**

España fué continuadora de Roma y algo muy diferente de los demás pueblos bárbaros como demostraban su "Lex romana wisigothorum" ahora convertida en Codex de Recesvinto, sus Concilios, su alta cultura transmitida por medio de bibliotecas, y su propio nombre. Los nuevos reyes no habían impuesto un nombre germano, como en Francia, Inglaterra o Deutschland. Lo que significaba, también, que la romanidad había sido capaz de absorber y transformar el germanismo.

El comienzo de la conciencia nacional hispana se sitúa así con San Isidoro de Sevilla y se consolida con el III Concilio de Toledo y con la conversión de Recaredo (589).

Todo se perdió el 711 a causa de la invasión musulmana. Pero la cultura isidoriana se salvó en los pequeños reductos al principio pequeños y después crecientes de la Reconquista, ejerciendo su influencia positiva en la naciente Europa cristiana a través de los Pirineos.

Los primeros reinos cristianos surgidos en España en el avance de la Reconquista asumieron plenamente el Derecho natural en sus leyes, en su organización municipal, hasta

alcanzar una forma política ejemplar en su tiempo y primera en Europa: las Cortes de León.

Cuando el conde de Leicester, antiguo peregrino a Santiago, se detuvo en León para estudiar el sistema de representación de los ciudadanos a través de las Cortes llevó la idea a Inglaterra, donde siglo y medio después de existencia que contaban nuestras Cortes, se reunieron por primera vez los Comunes en el Parlamento inglés.

Una característica ejemplar de la Historia de España, es la de haber elaborado las más sabias y luminosas leyes que se han conocido en el mundo. España fué realmente la depositaria de la gloria jurídica de Roma, superada por su propio genio, con un sentido cristiano en su legislación política, social y económica.

Las leyes de Indias, en expresión del Cardenal Antoniutti, **son un monumento a la sabiduría y a la generosidad universal.**

El P. Vitoria y la Escuela de Salamanca alumbraron el Derecho de gentes, básico para las relaciones y la convivencia pacífica entre las personas y naciones.

Nebrija explicaba en 1492 a la reina Isabel de qué modo esta conciencia tenía que ser servida por una "lengua de imperio", pues ese había sido el secreto de la penetración de Roma. En aquel momento entregaba a sus soberanos el primer ejemplar de la Gramática: el más rico, bello y completo compendio lingüístico que se conoce en el mundo, capaz de expresar con precisión los más profundos y sutiles pensamientos y afectos. Una lengua que Carlos V declararía apta para hablar con Dios.

Con este bagaje se lanzaría España a la gran aventura de América: su conciencia histórica, su fe, su Derecho y su lengua, dejaron de pertenecerle porque pasaron a ser patrimonio de una comunidad mucho más grande. Al arraigar en espacios nuevos y dilatados, España se desvió para poder contribuir a la existencia de un mundo nuevo. Durante su estancia en Santo Domingo, en 1494, Juan Pablo II dedicó a esta empresa ecuménica española uno de sus cordiales alientos con ese: **Gracias España, porque la parcela más numerosa de la Iglesia de hoy cuando se dirige a Dios lo hace en español.**

\* \* \*

**"Fuimos a un tiempo rodela y maestra de Occidente. Evitemos hoy el bache depresivo: ese mirar fuera de España como si hubiésemos sido una comunidad histórica sólo capaz del heroico manejo de la espada. Sin esas batallas, porque fueron muchas, el Occidente no sería como es. Otros pueblos hubieran debido librarlas o Europa hubiera sido piltrafa del Islam y no existiría esta nueva maravilla que es América. Pero hemos hecho mucho más que mantener a raya el islamismo en el solar hispano primero y contra los turcos después. Hemos hecho mucho más que descubrir, evangelizar y civilizar América. Hicimos la gran cultura española y universal de la Modernidad. No reneguemos de nuestro ayer. Hemos hecho maravillas por obra de nuestro genio bimilenario ...". (Sánchez Albornoz: Mi Testamento Político; 1984).**

Muchos hombres marginan la Verdad o la rechazan de manera rabiosamente polémica. ¿Y por qué la Historia de España resulta para muchos tremendamente polémica? No hay nación

alguna en el mundo cuya Historia suscite semejante apasionamiento, desde los Reyes Católicos hasta Francisco Franco, desde el principio hasta hoy. La única explicación posible de ello es que España se ha distinguido, como ninguna otra nación en la Historia, por su heroico y fecundo servicio a la Verdad. Por eso resulta España tan polémica como la Verdad misma. Esta es su incomparable grandeza. Y a la evidencia de esta explicación, que se conoce por el estudio riguroso de la Historia, se añade la de ser la explicación única. Por eso sólo España tiene "leyenda negra" que mucho la honra, a la vez que envilece a sus autores de los dos últimos siglos.

\* \* \*

El honor es una cualidad del alma por la que un hombre se conduce con arreglo a los principios morales más elevados. Cobra pleno sentido y vigencia práctica en la persona y vida de los santos. El honor supone las virtudes cristianas y, entre ellas, la magnanimidad.

El honor, la magnanimidad y el valor son virtudes históricas españolas con su formidable belleza moral. Desde la maravillosa gesta de Numancia y luego durante el largo período de la Reconquista, la Historia de España está llena de personajes representativos que cobran valor legendario y universal precisamente por su contextura psicológica netamente hispánica: el Cid Campeador y San Fernando, Alfonso X el Sabio y Guzmán el Bueno, San Raimundo de Peñafort y el beato Raimundo Lullio...Y muchísimos más después, como Isabel la Católica y Santa Teresa de Jesús, Hernán Cortés y Pizarro, Cervantes, Lope de Vega y Calderón; y saltándonos los felizmente muchos que no caben en la brevedad de ningún libro, llegamos a Menéndez Pelayo y a los del "98", con José Antonio Primo de Rivera y Francisco Franco...

Santa Teresa de Jesús admirada, amaba y ejercía el sentido de grandeza, el honor, el amor a la gloria y todo lo que constituía, en suma, la esencia de las tradiciones de España. Y le molestaba que los libros de caballería relatasen hechos heroicos imaginarios con personajes frecuentemente ingleses o franceses, cuando las auténticas proezas reales de los héroes castellanos eran mucho más dignas de admiración y de asombro. Por eso exclamaba: " Una higa para todos los golpes que fingen de Amadís y los fieros hechos de los gigantes, si hubiese en España quien los de los españoles celebrase".

**"España aportó también al mundo uno de los rasgos característicos de su actitud ante la vida: ese sentido de la caballería que se identifica con el "artificio de lo heroico", que no consiste tan sólo en que se tenga y practique el valor, sino precisamente en el alarde del valor, no por orgullo sino por amor, para sostener el valor y la moral de su gente. No otra cosa es el gesto de Cortés al hundir sus naves, o de Pizarro al trazar con su espada la raya sobre la arena para "los trece de la fama", o el heroísmo a secas de Joaquín Vara del Rey en el fuerte de El Caney, o de Saturnino Martín Cerezo y Enrique de las Morenas al otro extremo del mundo en el blocao de Baler. "Artificio" que alcanza a todos los extremos de la existencia, ennobleciéndola, buscando para ella la dignidad, preciándose del ingenio y burlándose de lo meramente utilitario".(Luis Suárez Fernández)**

Este sentido caballeresco y heroico de la vida fue heredado en Hispanoamérica por el generoso mestizaje. Los "rostros pálidos" y racistas anglosajones exterminaron con saña a los indios en América del Norte. La Hispanidad es un modo específico de entender la vida y de expresarla; hay rasgos comunes como el espíritu de la caballería que todavía hoy se encuentra en

el amplio abanico que va desde el charro mexicano y el gaucho argentino hasta el huasco de las estancias de Chile, el caudillo valiente y magnánimo, el menosprecio de los valores materiales, el cuidado de la honra y ese espacio de resignada nostalgia que mueve a Martín Fierro a decir que: "Vamos suerte, vamos juntos, desde que juntos nacimos, y ya que juntos vivimos, sin podernos devidir, yo abriré con mi cuchillo el camino pa seguir".

\* \* \*

Oigamos a Don Ramón Menéndez Pidal en su libro **"Los españoles en la Historia"**.

En el umbral de la época de mayor plenitud histórica española, Jorge Manrique enuncia la distinción de las tres vidas como serena consideración ante la muerte: la vida temporal, perecedera; la vida de la fama, más larga y gloriosa que la corporal, y la vida eterna, coronación de las otras dos. Pues esas dos vidas, posteriores a la muerte, las siente todo español; las sentía entonces con viveza característica, según aparece en contraste con el modo de pensar de otros pueblos hermanos.

En cuanto a la segunda vida, la de la fama, es de gran interés observar cómo la ideología del soldado español choca con la del italiano en las primeras polémicas entabladas entre los capitanes de uno y otro pueblo que se hallaban al servicio de Alfonso V de Aragón. Tenemos memoria de una de estas conversaciones ante el rey Magnánimo en 1420. Los españoles reprobaron a los italianos la flojedad en el guerrear y los poquísimos que morían en sus batallas, mientras el gran condotiero Braccio da Montone replicaba, tachando a los españoles de fiereza ignorante: **"Tenéis por más honroso dejaros despedazar por los enemigos que escapar con vida y reservaros para el desquite"**.

Y no tengamos estas palabras como propias sólo de un condotiero que hablase así como tal, falto de espíritu bélico y patriótico; los franceses, que abundan en lo uno y en lo otro, sin embargo, notaban también la misma particularidad, rehuyendo un encuentro con los soldados del Gran Capitán: "Estos locos españoles tienen en más una poca de honra que mil vidas, que no saben gozar de esta vida a su placer", juicio donde hallamos patentizada la estrecha dependencia de la idealidad española con la sobria austeridad tomada por nosotros como base del carácter hispano.

El estimar en poco los disfrutes de la vida persiste como rasgo básico (cuenta o no con la noble compañía de una alta aspiración), lo cual hace que la segunda vida preciada por Jorge Manrique, la de la fama y de la honra, no es en España un halago reservado al héroe ilustre, sino que es estímulo para cualquiera; todo caballero aspira, como don Juan Manuel, a que de él se diga: **Murió el hombre, mas no su nombre**, divisa heráldica después: **Muera el hombre y viva el nombre**. Y esto no sólo en aquellos siglos en que grandes empresas nacionales imprimían dirección elevada y coherente a las voluntades de todos.

Aun en medio de cualquier dificultad abundan los oscuros héroes que arrastran con firmeza la honrada muerte en aras del ideal; y los ánimos dispuestos para la muerte se hallan siempre, hasta cuando toda esperanza en el éxito del abnegado sacrificio esté perdida, como cuando se ha querido consumir **hasta el último hombre** en una guerra de antemano desahuciada.

Y este perdurable anhelo de una segunda vida, la de la fama honrosa, ansia de supervivencia que domina al español, recibe en la religión su sentido más puro y más pleno.

Era lema muy usado por los soldados españoles de la Contrarreforma: **Por la honra pon la vida, y pon las dos, honra y vida , por tu Dios.** En esas palabras se ve cómo las tres vidas, valuadas correlativamente por Jorge Manrique, estaban entonces, en igual correlación, presentes en el ánimo de cualquier español. Todos sabían que, en último término, por lo que el soldado daba su vida era por su Dios. El Tansillo, en sus tres sonetos ante el ingente montón de huesos insepultos en las playas dálmatas, cadáveres de los tres mil defensores de Castelnovo en 1539, ensalza la gloria terrena alcanzada por aquellos héroes de Iberia, pero pone la coronación excelsa de esa gloria de haber vendido muy caras sus vidas percederas para comprar la vida eterna.

Esa tercera vida, a la cual conduce la religion, se sobrepone y antepone a todas las apetencias de la vida terrena, y no es raro que, en medio a los afanes de ésta, se exalte el anhelo de la muerte como entrada a una existencia mejor, según lo sentía el doctor Villalobos: **Venga ya la dulce muerte con que libertad se alcanza.** Ese pensamiento de la muerte, que es sed de inmortalidad, constituye preocupación profunda del pueblo español, muy notada bajo diversos aspectos por nuestros ensayistas, pero que aquí nos interesa sólo como fundamento supremo de religiosidad y en tanto que ésta influye en la vida civil.

\* \* \*

Y continúa en su mismo libro Don Ramón Menéndez Pidal.

En la vida histórica, todo período de auge se distingue por una vigorización de la justicia, y lo contrario en las épocas de decaimiento. Este contraste se manifiesta con la mayor claridad en la más radical de las mudanzas que la historia de España registra. Un cambio como el que sobreviene en toda la vida nacional cuando, tras la desastrosa época de Enrique IV, subieron al trono los Reyes Católicos, sólo se comienza a explicar considerando una ejemplar instauración de la justicia.

Y esto efectivamente lo consiguieron los Reyes Católicos. Todos alababan la **inviolabile giustizia** con que, al decir de Vespasiano da Bisticci, satisfacía Fernando por igual a los poderosos y a los pobres, así como la severa e inflexible rectitud con que Isabel decía holgarse de ver a cada uno en su puesto: "**los hombres de armas en campaña, los obispos en pontifical, los ladrones en la horca**". Esa tan inexorable e incorruptible justicia es la que abre una edad de oro siempre recordada en los siglos sucesivos como la más feliz que vivió la nación.

Tal culto a la rectitud en la gobernación, una vez establecido y practicado con escrupulosidad verdaderamente religiosa, continúa bajo los grandes reyes sucesores en todo el siglo XVI, siendo notoriamente excepcional en desconocer toda acepción de personas. No era sólo en los autos de fe donde, por el sagrado interés de la religión, aparecía degradado un marqués de Poza, o donde doña Ana Enríquez, hija de los marqueses de Alcañices, se presentaba condenada a sambenito y cárcel, entre la conmiseración general que su singular hermosura y su nobleza despertaban. Por causas comunes padecían destierro o prisión muchos nobles: un duque de Alba, un conde de Tendilla, un marqués de Peñafiel, un duque de Osuna, un conde de Paredes. Todavía esa rectitud duraba a comienzos del siglo XVII; bajo Felipe II, un consejero y limosnero del rey francés observaba, viajando por España, que las leyes eran, sin distinción de clases, mucho mejor observadas que en Francia, donde a los nobles todo les era permitido, hasta los crímenes, mientras que en España un hijo de familia ducal sufría el más duro rigor de la ley,



y a los caballeros duelistas se les clavaba una mano en la picota de la plaza, por muy ricamente vestidos que anduviesen. Entonces también Pinheiro da Veiga, en la corde de Valladolid, observa que el recuerdo de Felipe II, verdadero sacerdote de la justicia, hacía que ésta en Castilla fuese no sólo temida y respetada, sino adorada ella y sus ministros.

La preocupación por la juricidad afectaba incluso a los fundamentos mismos del Estado, engrandecido con los descubrimientos geográficos recientes. Se discutió durante años memorables, bajo Carlos V, para resolver en derecho el novísimo problema de incorporar a la civilización occidental multitud de pueblos en estado de naturaleza. Al tiempo mismo en que la idea del viejo imperio europeo, cargado de historia, iba a caer arruinada, surgía el imperio español, sin historia, el primero de los tiempos modernos, no atenido al derecho romano y medieval, sino con general inquietud por encontrar nuevas normas de derecho natural y de gentes. Singular caso de un Estado que se preocupa de discutir consigo mismo la legitimidad de su dominio. De este alto espíritu de justicia nacieron las ejemplares Leyes de Indias, modelo de colonización moderna, no superado, cuyo alto espíritu se resume en aquella disposición de Felipe II que ordena castigar las injurias y mal trato de los españoles contra los indios con mayor rigor que si los mismos delitos fuesen cometidos contra españoles, y los declara por delitos públicos.

\* \* \*

El Imperio español fue la más plena y grande extensión alcanzada por la cultura cristiana sobre la Tierra. Y tan profundamente arraigó en las gentes que aun ahora, a tan larga distancia de su derrota, es la población del mundo con más hondo sentido de su dignidad y a la vez más generosa, refinada y alegre. El gran hispanista francés Maurice Legendre, llama "la aristocracia del mundo" a la población hispánica del planeta.

El ámbito protestante de Europa profesó un odio creciente a la Iglesia y a España. Cuando la masonería se organizó en Inglaterra en 1717 y luego en Francia en 1725, las logias inglesa y francesa sintonizaron enseguida con las sectas protestantes y juntaron recursos para difundir por todo el mundo una campaña difamatoria y calumniosa contra España. La "leyenda negra" antiespañola llegó en los siglos XVIII y XIX a lo fantasmagórico. Les interesaba mucho hundir el Imperio español con la intención de producir un daño muy grave a la Iglesia.

En 1898 se consumó la gran traición de la Masonería contra España. Una mayoría del Parlamento español de entonces obedecía a sectas masónicas, y obediendo a ellas, contra su propia Patria, urdió la conjura para despojar a ésta de los últimos girones de su Imperio. Esta incalificable traición facilitó completamente al enemigo ejercer una de las manifestaciones más brutales del utilitarismo y el cinismo masónico y anglosajón, con la vil calumnia de la voladura del Maine difundida por la cadena publicitaria Pulitzer y pagada por las compañías azucareras yanquis. El Ejército español quería combatir. Pero el Gobierno, siendo incapaz en su miseria moral, hasta de reconocer lo que el propio enemigo reconocía: el alto espíritu de los soldados españoles tan brillantemente demostrado en el Caney, en Santiago de Cuba y en Baler, entregó al extranjero nuestras posesiones de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Testimonio solvente de esta triste historia es, por ejemplo, la **Historia de España** de Salcedo. No mucho tiempo después, durante la trágica II República, había más de la mitad de masones en su Gobierno provisional. Y como atestigua Sánchez Albornoz en su **Anecdotario Político**, publicado en 1980 por Planeta, en el último Parlamento de la República había más de trescientos francmasones.

Tuvo que producirse la heroica Cruzada Española de 1936-39, movida por la magnífica generación española llamada simplistamente del "98", para que España se zafara de las tenazas masónica y luego además marxista, que la tenían aherrojada durante casi un siglo hasta el 18 de julio de 1936.

\* \* \*

Ramiro de Maeztu, por su parte, alcanza en la exposición resonancias y acentos de hondura difícilmente superable: "los españoles no nos hemos creído nunca un pueblo superior. Nuestro ideal ha sido siempre trascendente a nosotros. Lo que hemos creído superior es nuestro credo en la igualdad esencial de los hombres(...). La posición ecuménica de los pueblos hispánicos, que dice a la humanidad entera que todos los hombres pueden ser buenos, y que no necesitan para ello sino creer en el bien y realizarlo. Esta fue la idea española del siglo XVI (...). La posición española es la católica, pero templada al yunque de ocho siglos de lucha contra el moro. El Islam fue para España lección inolvidable de universalidad".(**Nuestro humanismo en la Historia**)

En Razón Española de enero de 1994, Enrique Zuleta Alvarez, glosando la obra del gran historiador argentino Julio Irazusta, nos recuerda esto: "Pertenece a la mejor tradición intelectual del mundo, a la progenie de los definidores de dogmas, evangelizadores y civilizadores de bárbaros e infieles y unificadores del universo; y sin embargo vivimos postrados de admiración ante los destructores de esos bienes perdidos". (Irazusta, 1942)

" Nuestros antepasados lucharon de veras - no mintieron luchar - por la unidad espiritual del mundo, por la antirracismo, por el principio universal de la capacidad de salvación; y en esa lucha maravillosa, el enemigo estaba constituido por las naciones que hoy invocan sólo de palabra aquellos principios. La unidad espiritual del mundo no está amenazada hoy de ruina, porque ya sucumbió hace siglos, a manos precisamente de las naciones que en el actual conflicto invocaron su defensa, con una hipocresía que puede ser el clásico homenaje del vicio a la virtud".

Irazusta defendió el predominio del fin religioso perseguido por España, aun a costa del éxito temporal, porque su justificación ética fue el haber salvado principios indeclinables de la humanidad. "El éxito temporal de las naciones que han imperado en el mundo después de la caída del imperio español no tiene nada de envidiable para un miembro de la Hispanidad descendiente de los que lucharon por el principio de la capacidad de salvación de todas las razas, es decir, de la igualdad fundamental del género humano". El Imperio español no sojuzgó nunca a los pueblos sobre los que ejerció legítima soberanía. Se desvivió en cambio por enseñarles a crecer y a vivir; y así alumbró más de veinte naciones cristianas en el mundo. No existió nunca la España opresora que pinta la "leyenda negra". Los autores de esta, en cambio, sí. Dos siglos después los yanquis exterminaron a los indios del norte con dinero público y ayuda de su ejército.

España fué un verdadero modelo de doctrina jurídica y política durante mil quinientos años de Historia, el modelo de Reino, de Imperio y de Estado más perfecto que se ha conocido en la Historia.

Los Reyes Católicos pusieron las bases para esa gran estructura política que luego sería el Imperio. Al sabio dominico italiano del siglo XVII, Tomás Campanella, le asombraba la singular

maestría española en la promulgación de sabias y luminosas leyes - de Indias, Derecho de gentes ... - , la extraordinaria capacidad creadora del genio español en la literatura del Siglo de Oro, y la vitalidad y generosidad española en la evangelización y civilización de América. Campanella llegó a preguntarse como habría que definirla, y no encontró un nombre mejor que el de *Monarchia Catholica*. Monarquía por la unidad conseguida entre tantos Reinos, y católica porque tal era la condición sobre la que se apoyaba la legitimidad.

## **6. Revolución atea: envilecimiento y degradación de Europa**

A partir de la revolución protestante y de su concomitancia con las exageraciones maximalistas del racionalismo, el Occidente que había sido el mundo civilizado por la Iglesia fue perdiendo sus valores que le hicieron humano, grande, generoso y creador. Gracias al Cristianismo había descubierto los valores esenciales y fundamentales de persona y de libertad moral, las nociones reales y metafísicas de Ley y de autoridad, había desplegado un florecimiento formidable de las artes y una madurez fecunda y positiva en la convivencia civil.

El Papa Pío XI pensaba que la Edad Media aporta la prueba de que las energías evangélicas han permitido la realización de un orden social conforme a las exigencias de la razón: "Existió efectivamente en otros tiempos un orden social que, aun no siendo perfecto ni completo en todos sus puntos, no obstante, dadas las circunstancias y las necesidades de la época, estaba de algún modo conforme con la recta razón..."

La escuela racionalista del Derecho Natural y el iusnaturalismo subsiguiente, introdujo por primera vez en el mundo de manera enfática los errores graves para la convivencia civilizada de los pueblos, al presentar cosas que no pasan de ser opciones políticas y jurídicas posibles como normas de Derecho natural. En Francia, la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano" (1789), adolece de los graves errores de los que ya no se librarán las Declaraciones solemnes contemporáneas al elevar a principios absolutos lo que son opciones

relativas y al revés; al confundir o mezclar los derechos naturales con otros que no lo son. De este modo se inició la larga y muy grave contradicción que ha incubado el mundo contemporáneo, desembocado por fin en el positivismo político y jurídico desgraciadamente hoy vigente en todo el mundo que durante muchos siglos había sido cristiano y civilizado y que ya hoy no lo es.

El pensador francés **Jean Madiran**, en un excelente trabajo sobre las consecuencias de la Revolución francesa, dice así:

"Fecha terrible en la historia del mundo, aquella en que los hombres decidieron que la ley sería la expresión de la voluntad general, es decir, la expresión de la voluntad de los hombres; el día en que los hombres decidieron darse a sí mismos su ley; el día en que declinaron en plural el pecado original. (Les deux democracies)

Y el ilustre académico también francés, **Pierre Gaxotte** escribió esto: "La doctrina democrática es un tejido de absurdos y de mentiras. Mientras las democracias se limitan a escribir libros y fabricar constituciones, todo marcha; porque el papel lo aguanta todo. El drama comienza el día en que es preciso gobernar, es decir, someter la naturaleza, la nación y el Estado a una doctrina que desconoce a la vez las leyes naturales, las necesidades de la nación y el papel que debe desempeñar el Estado. Cada experiencia histórica pone de relieve la falsedad de los principios democráticos, su carácter quimérico, nefasto e inhumano, que se asienta a modo de superstición vergonzante en las mentes de los políticos actuales".

\* \* \*

La evangelización civilizadora de la Iglesia se nos presenta, pues, como un hecho histórico inamovible y previo al análisis conceptual de la relación entre sus términos, evangelización y civilización. Los Papas han invocado este argumento de facto en múltiples ocasiones. León XIII, glosando a San Agustín, afirmaba que "si la religión cristiana hubiese sido fundada con el único propósito de procurar acrecentar bienes durante la vida mortal, no habría podido hacer más por el bien y la felicidad de esta vida mortal" (**Arcanum, n.2**). El mismo Papa nos recuerda que "la sociedad fue removida desde sus leyes" (*Rerum novarum*, n.20). Véase también la hermosa enumeración que León XIII hace de este papel civilizador de la Iglesia en *Inscrutabile Dei*, n.7.

El olvido de Dios es desintegrador de la sociedad civil. Teóricamente hablando, los hombres podrían, con la luz natural de la razón y con sus fuerzas naturales, construir una sociedad acorde con esa misma naturaleza humana; pero en virtud del pecado original, es prácticamente imposible que consigan ni siquiera una aproximación a ese orden de cosas sin la ayuda de la fe y los medios sobrenaturales. Por eso el argumento de la evangelización civilizadora puede plantearse también en los términos inversos o negativos: al retroceso de la fe cristiana en el mundo moderno no pueden sino seguir efectos socialmente nefastos.

Puesta de lado la Iglesia, olvidado Jesucristo, todo el orden social no puede sino temblar, descentrado y corroído por mil contradicciones. Lo decía León XIII: "Si hay que curar a la sociedad humana, sólo podrá curarla el retorno a la vida y las costumbres cristianas" (**Rerum novarum n.20**). y Benedicto XV: "Desde que se han dejado de aplicar en el gobierno de los Estados las normas y prácticas de la sabiduría cristiana (...) parece ya inminente la destrucción

de la sociedad" (**Ad beatissimi, n.4**). Y Pio XII en su Mensaje de Navidad de 1957: "Los hombres pueden estar seguros de que la contradicción que sufren hoy es una prueba convincente de la grave ruptura que existe entre la vida y la fe cristiana. Este es, ante todo, el mal que debe subsanarse".

"El aspecto más siniestramente típico de la época moderna consiste en la absurda tentación de querer construir un orden temporal sólido y fecundo sin Dios, único fundamento en el que puede sostenerse". (**Mater et Magistra de Juan XXIII**)

Juan Pablo II nos dice en sus Encíclicas **Centesimus Annus** y en la **Solicitud rei Socialis** que el mundo actual está caído en "estructura de pecado". Y en su casta apostólica sobre **El sentido cristiano del sufrimiento humano**, nos dice que "el hombre, cuanto más se siente amenazado por el pecado, cuanto más pesadas son las estructuras del pecado que lleva en sí el mundo de hoy, tanto más grande es la elocuencia que posee en sí su sufrimiento humano".

En la Encíclica *Dominum et vivificantem* Juan Pablo II discierne, dentro de la civilización contemporánea que se acerca al tercer milenio, "múltiples señales de muerte específicamente ligadas a la resistencia al Espíritu Santo: la carrera armamentista, la extensión del hambre en el mundo, el aborto y la anticoncepción, la eutanasia, las nuevas guerras, el terrorismo a escala internacional". Desde el fondo mismo de esta situación, el Pontífice discierne también una angustiosa llamada al Dios de la Vida: "Desde el sombrío panorama de la civilización materialista y, en particular, desde aquellos signos de muerte que se multiplican en el marco sociológico histórico en que se mueve, ¿no surge acaso una nueva invocación, más o menos consciente, al Espíritu que da la vida?".

La ley civil debe inspirarse en la ley natural (cuyo primer precepto es, por cierto, el culto a Dios) y en el orden moral objetivo, pues como bien ha escrito el cardenal Ratzinger "un Estado agnóstico en relación con Dios, que establece el derecho sólo a partir de la mayoría, tiende a reducirse desde su interior a una asociación delictiva; pues donde Dios resulta excluido, rige el principio de las organizaciones criminales, ya sea de forma descarnada o atenuada". (**Una mirada a Europa: Rialp, 1993**)

\* \* \*

En las páginas anteriores de este capítulo hemos señalado algo de los gravísimos males que los últimos Papas denuncian o advierten en nuestra sociedad contemporánea mundial. No vamos a insistir. Pues resulta público y notorio, por ejemplo, la "anestesia" o la pérdida de la conciencia moral de tantas gentes que ya no saben ni quién son ni qué sentido pueda tener su vida, ni qué sentido pueda tener ninguno de los designios emprendedores o asociativos del hombre que puedan pretender algo más que satisfacer la animalidad y el instinto mediante la entrega total al placer físico y a toda suerte de hedonismo, frustrado siempre por el utilitarismo utópico.

Hemos señalado los jalones de esta degradación y envilecimiento de Europa desde las cumbres de su apogeo en la era Cristiana, con los nombres de protestantismo, maximalismo racionalista y positivismo. Estos jalones de la caída se pueden designar también, en el plano filosófico, o mejor dicho, pseudofilosófico, con los nombres de Ilustración y Enciclopedismo

francés, empirismo y utilitarismo anglosajón, idealismo alemán y marxismo después. Del deísmo ilustrado y su filantropía, se ha caído en el ateísmo y el odio.

La palabra "progresismo", falsamente identificada con progreso por la gran carencia de base científica de la izquierda mundial, es una de las más horribles inventadas por la estolidez y la pedantería humana, y si tiene alguna significación práctica es justamente la inversa de la que pretende, es decir, el regreso o la vuelta de la humanidad a la selva en todos los terrenos, en Religión, en Política, en Derecho, en toda manifestación cultural y económica, destruyendo la civilización esforzadamente madurada a lo largo de los siglos.

Las técnicas pueden estar al servicio de un proyecto, pero no puede esperarse de ellas una razón de vida. ¿Cuál es entonces el proyecto que guía hoy el crecimiento de las naciones ricas?, ¿qué valores persiguen incansablemente?. A fuerza de medirlo todo en términos de renta nacional disponible y de tasa de crecimiento económico, ¿no arriesgan hundirse en un egoísmo en el que la búsqueda exclusiva y ansiosa del "tener" les lleva a la destrucción y a la ruina?. Se les pide ser testimonio y factor de humanidad y justicia, pero caen en el abismo de las utopías del siglo XIX. El paraíso social soñado se revela prisión inhabitable, digna de los medios que la han construido. "¡Qué tempestad se cierne sobre el mundo!; ¡qué naufragio de la civilización podemos entrever!", exclamó un día Pablo VI evocando la sociedad permisiva actual cerrada a todo valor espiritual y trascendente.

Describiendo brevemente este mundo dionisiaco a que ha llegado la Humanidad en la segunda mitad de nuestro siglo XX, Jesús Urteaga dice esto:

- "Nos ha tocado vivir una de las vidas más duras que la Humanidad ha tenido hasta el presente. Las ramas débiles del Cristianismo se están desgajando al soplo violento del viento huracanado. Nubes dantescas cubren cada vez más tenebrosamente el horizonte de la Humanidad. Los hombres, encadenados en el barro, se hundirán bruscamente al asirse a las que ellos creen rocas, porque estas se desmenuzarán entre sus dedos. La segunda mitad del siglo XX se ha hecho para hombres de hierro". - (J. Urteaga).

El Cardenal Ratzinger en su "Informe sobre la Fe" (BAC 1985,pág. 165), dice: - "El que ve con lucidez los abismos de nuestra era, ve en ellos la acción de potencias que actúan para disgregar las relaciones entre los hombres (...). En realidad, aunque no tuviéramos fe, pero si fuéramos al menos un poco realistas, nos daríamos cuenta de que sin la ayuda de una fuerza superior - que para el cristiano es solamente el Señor - estamos prisioneros de una historia irremediable". -

\* \* \*

Los fenómenos que caracterizan al siglo XX en el mundo entero son dos: el espectacular desarrollo de las ciencias experimentales con el consiguiente y colosal refinamiento de las tecnologías y los medios técnicos; y la mayor crisis espiritual y de valores conocida hasta ahora en los veinte siglos de nuestra era común.

Por ello el siglo XX contempla las guerras y los genocidios más gigantescos y crueles que conoce la Historia universal: las guerras mundiales, los brutales campos de concentración y de

exterminio, la aberrante manipulación mental y genética, el genocidio denigrante y silencioso del aborto al amparo de la "ley", etc, etc...

La expresión más bárbara y monstruosa de todo el siglo ha sido el comunismo. La suma de guerras y el terror comunista en todo el mundo del siglo XX, arroja un total próximo a los doscientos millones de muertes violentas, muchas de ellas en forma inhumana y en extremo cruel.

"En la época del adiós a los grandes relatos, el crepúsculo del deber, la generalización del conformismo, la propagación del pesimismo cultural y la difusión de la versátil ética mínima, indolora y acomodada, se anuncia un oscurecimiento del valor. La luz del bien, se dice, ha perdido su antiguo resplandor. Brilla débilmente sobre una desamparada paramera, y la inmensa llanura de la verdad, antes fértil e inagotable, es ahora un pedregal sequeroso. ¿Qué hay de verdad en esta semblanza sombría? ¿Se ciernen sobre el valor inquietantes amenazas? ¿Puede remontarse a sus fundamentos el pensamiento atenuado hoy en boga?".

"El arte ha abrazado un zafio ideal estético que consiste en programar sensaciones. Para ese fin vale todo. El Weihnachtsoratorium de Bach, la música de Anna Lockwood, las albas figuras de Zurbarán, la pintura de Pollock, el western o la pornografía. La igualación estética ha arrasado con los valores artísticos".

"No muy diferentes son las cosas en el ámbito de la moral. Evocar los valores sólo sirve, al parecer, para romper el consenso social. Hablar de ellos significa enredarse en insustanciales juegos de palabras. Quien los invoca deja traslucir su oculto carácter dogmático. El único lenguaje legítimo es el hipotético y quien no está dispuesto a ver los valores como hipótesis revisables se comporta como un fanático intransigente. "La moral, dice solemnemente Niklas Luhmann, es el paradigma perdido". A esta tópica embestida contra los valores morales se añade en nuestros días otra aún más airada. La formularé con una palabras que tomo prestadas de esta obra de J. Ratzinger: "El concepto moderno de democracia parece estar indisolublemente unido con el relativismo, que se presenta como la verdadera garantía de la libertad". He dado en un hueso duro. Acabo de tropezar con la principal dificultad. Quien no quiera embarrancar en el bajío, ni encallar como endeble barcaza e el cenagal, deberá abrazar el nihilismo moral. El nihilismo moral es el fundamento de la democracia, que no puede admitir valor alguno sin introducir furtivamente un dogmatismo extraño a su naturaleza. La democracia necesita hombres sin convicciones, seres ágiles, ligeros, liberados del fardo del valor, sin escrúpulos morales que les impidan brincar de una constelación de sentido a otra. "Mann ohne Eigenschaften", ser sin cualidades: he ahí el modelo de hombre democrático". (José Luis del Barco: Prólogo a **Verdad, Valores, Poder** del Cardenal Ratzinger).

Vinimos un tiempo que merecería por muchos conceptos, el calificativo apocalíptico de la "gran mentira": la mentira en la Historia, en el Derecho, en la Justicia; y en casi todas las informaciones que los "medios de comunicación social" divulgan. Se enaltece por sistema lo vil; se combate con saña lo noble, lo egregio y selecto. Y esto de forma institucionalizada, organizada y sistemática. Nadie conoce al enemigo porque no se le ve, su cara casi siempre está oculta. Resulta un tanto preocupante pensar en el próximo porvenir de las gentes, en un mundo con tan refinados medios técnicos y con tanta frecuencia impulsado por el odio. Del deísmo "ilustrado" y su filantropía, se ha pasado al ateísmo y al odio.

Se ha invertido el sano mimetismo clásico: ahora se copia lo vulgar, no lo selecto, se

valora el hedonismo y no el sacrificio.

\* \* \*

Nos conviene a todos tener claro el concepto de autoridad. Autoridad es lo contrario de arbitrario, caprichoso o despótico. - A las instancias que nos mueven a acatar los principios de donde nacen el orden y el ejercicio recto de la libertad, es a lo que se llama autoridad. La palabra autoridad procede del latín, "augeo", que significa crecer o aumentar: progresar. La autoridad es también la fuente de decisiones que señala lo que es justo y lo que es injusto. Debe aparecer reflejada en las leyes, que deben ser conformes con la Ley natural y con la Ley divinopositiva - lo contrario es tiranía y corrupción de lo cual sólo cabe esperar toda clase de grandes males - ; y adecuadas a la naturaleza de cada sociedad. A la autoridad, que es esencialmente buena y necesaria, se contraponen el poder, que aparece sólo como el mal menor necesario que impide la injusticia del desorden. El poder es un recurso coercitivo que poseen los magistrados para obligar a los hombres a cumplir la Ley cuando estos no quieren.

Cuanto más se respete la autoridad menos necesario será el ejercicio del poder. Este es el ideal de una sociedad que pretenda ser civilizada. Hoy se combate con saña todo principio de autoridad. Pero cuando el hombre destruye la autoridad no hace otra cosa que desencadenar el poder, el cual se sube sobre sus espaldas con la violencia de una tiranía. Y esto es verdad cualquiera que sea la forma de gobierno, de uno o de muchos; en este caso sería la tiranía de la mayoría, pero tiranía.

A la autoridad se opone toda forma de positivismo. El positivismo es la negación, o por lo menos el desconocimiento de Dios y de la verdadera naturaleza del hombre. Niega la capacidad humana para descubrir la verdad. El positivismo en las leyes, o positivismo jurídico, es el imperio de lo arbitrario en los asuntos públicos más graves. Conduce al mal, porque es contrario a la propia naturaleza con que Dios ha creado al hombre y al mundo; y genera corrupción y vileza en las instituciones públicas y en todo el cuerpo social.

El positivismo es barbarie intelectual y moral; barbarie total. La gran crisis actual del mundo consiste, principalmente, en la implantación del positivismo jurídico con la aniquilación de la autoridad.

Legislar no es hacer un documento legal para decir cómo nos vamos a comportar en adelante, sino reconocer y consignar en las leyes lo que realmente existe, cómo está constituido realmente el mundo y el hombre. Porque del mismo modo que a nadie, salvo que estuviera loco, se le ocurriría dictar una "ley" diciendo que mañana lloverá, o que pasado mañana amanecerá a las tres de la madrugada porque a mí me da la gana, y naturalmente el sol seguirá saliendo a su hora debida y lloverá cuando las condiciones meteorológicas lo permitan, sería la misma y ridícula locura o maldad rabiosa que alguien hiciera una "ley" diciendo que el aborto o la homosexualidad son legítimos, porque eso está contra la propia naturaleza con que Dios ha constituido al hombre y al mundo.

La democracia positivista implantada hoy en toda Europa es totalitarismo, porque aliada



con el relativismo, no reconoce la existencia de ningún principio que no le quede sometido. Por eso la democracia actual es irracional e injusta; es la garantía del caos. Y lo más grave es que una verdadera superstición democrática está hoy vergonzosamente instalada en la mente borreguil de gran parte de las gentes, incluso con estudios "superiores".

Pues en esta situación está caído el mundo de nuestros días; y también desgraciadamente España, bruscamente a partir de 1.976.

Y no es que estas cosas sean un asunto sólo para la discusión entre científicos, no. Afecta gravemente a las naciones y a los pueblos: a todos los hombres y a cada hombre en particular, sea o no consciente de ello.

## 7. Nación, Patria, Estado.

La palabra Patria viene de padre y alude a una herencia que se recibe, a un conjunto de valores que se transmiten de una generación a otra y que constituye una especie de capital que los naturales de la Nación comparten, y que cada generación recibe en herencia. Ese patrimonio se ha llamado sabiamente **tradición**, según la palabra latina **traditio**, esto es, lo que se entrega.

Cada generación puede adoptar actitudes diferentes en relación con dicha entrega y de ello se derivan consecuencias muy importantes.

Se puede recibir el patrimonio heredado como quien utiliza un capital para hacerlo fructificar, como enseña la parábola evangélica de los cinco talentos; y entregarlo así, todo lo perfeccionado posible, a la generación siguiente. Esta es la actitud generosa y noble para el bien de nuestros descendientes.

Otra actitud consiste en escoger una conducta diametralmente opuesta: nada debe ser conservado, todo tiene que ser cambiado no importa hacia donde ni en qué sentido, pues el cambio es, en sí mismo, "progreso". Esta actitud y conducta son revolucionarias y muy gravemente patológicas, pues conducen inexorablemente al más trágico fracaso como demuestra

cumplidamente la Historia. El progreso nunca es el resultado de la destrucción ni del cambio sistemático, porque se trata de crecer y no de dar saltos en vacío. Crecer en todas las dimensiones del ser y de la esencia histórica de la Nación: tal es el verdadero progreso real, que exige siempre generosidad y sacrificio. Por eso es siempre importante y benéfico que un pueblo no olvide su Historia, para sobre tal fundamento edificar su mejor futuro posible. De lo contrario, si perdiera en exceso la continuidad de su esencia histórica, pronto encontraría su ruina y quizá su desoladora desaparición como Nación.

La palabra Nación es válida pero insuficiente cuando se trata de definir la realidad histórica española. La palabra Estado es todavía mucho más insuficiente, porque se refiere únicamente al modo de administrar, mientras que la esencia histórica española es realmente un orden de valores, una manera de ser, una convivencia, un patrimonio espiritual genialmente escrito y heroicamente vivido por una parte muy numerosa de la población de la Tierra, que sabiamente se llama Hispanidad. España y todo el mundo hispánico tiene el gozoso y esforzado deber de perseverar fiel a su muy larga y noble vocación histórica, para su propio bien y el de muchas otras gentes por el mundo: es una conciencia histórica para la esperanza.

Junto a la gran producción historiográfica española, expositiva e interpretativa, hay un notable conjunto de historiadores extranjeros que también intentan dar una imagen o semblanza de España. España tiene el privilegio de que haya en el mundo una serie de hombres de estudio profundamente interesados por la historia de España, a los que llamamos "hispanistas", lo que no sucede con las demás naciones. Entre los hispanistas hay muchos amantes apasionados de España y de lo español. Españoles y extranjeros han tratado - y siguen tratando - de profundizar en el sentido de la historia de España a través de multitud de teorías y ensayos. Se han escrito más "interpretaciones" de la historia de España que de ninguna otra nación. Ha sido así puesto de relieve el enorme interés que la historia de España encierra, y la utilidad que tiene para los españoles de hoy un correcto y profundo conocimiento de su pasado, en beneficio de la salud mental de los más jóvenes.

Por eso se dedica este tan breve trabajo a los españoles más jóvenes, por si tuviera el efecto saludable de incitarles al estudio más profundo y sistemático de nuestra Historia española.

\* \* \*

España, tan singularmente rica en hechos esenciales, puede ser definida como quiere García Morente como "**acto espiritual**". También es profunda y bella la definición joseantoniana como "**unidad de destino en lo universal**". Pero en todo caso, lo que caracteriza más profundamente el ser de España, o la esencia de la hispanidad, es "**un orden de valores cristiano y noble: una forma específica de caballería**", como lo expresa Luis Suárez.

Morente se enfrenta con la esencia de nuestra nacionalidad (**Manuel García Morente: Idea de la Hispanidad**). Considera insuficientes para la forja histórica de la nacionalidad española, los vínculos naturales de sangre, raza territorio e idioma; y viene a definirla como "acto espiritual". No valen las explicaciones de Renan que fundamenta la nacionalidad en la adhesión exclusivamente en el pasado, ni la de Ortega que pone por único fundamento la proyección en el futuro. Ni romanticismo contemplativo ni voluntarismo sin raíz.

Al hallarse el pasado histórico español reflejado en empresas distintas y en diferentes épocas, se hace necesario encontrar, en la diversidad de fines, el que actúe en el fondo de los demás, el que los compendie. Esa reducción a la unidad es la que justifica y da razón de ser a la filosofía de la historia de España.

Otras naciones se han hecho de otros materiales. España esta hecha de fe cristiana y de sangre ibérica. El catolicismo en Francia es un ambiente en el cual se puede vivir, es un marco, un cauce, dentro del cual puede discurrir la vida, pero no es el nervio, no es el eje necesario de la existencia nacional... En España, en cambio, la religión católica constituye la razón de ser de una nacionalidad que se ha ido realizando y manifestando en el tiempo, a la vez como nación y como católica, no por superposición, sino por identidad radical de ambas condiciones. Síntesis que, a la fuerza de sus razones, une la evidencia de ser única.

Morente esboza la filosofía del "estilo" con mano maestra. El estilo hispánico, ese estilo propio de la hispanidad, lo ve simbolizado en la figura del caballero cristiano protagonista de nuestra historia. De modo tal que lo que se descubre en el sentido profundo de ésta, es la identificación de la Patria con la religión: - "La unidad católica de España no es, empero, un "hecho" en la historia de España, sino la definición misma, la idea de la Hispanidad, la esencia de la historia española" -. El catolicismo es consustancial con la idea misma de la Hispanidad: - "Ya se que hay algunos que pretenden negarlo. Pero será por efímero capricho intelectual o porque intenten y deseen personalmente la descristianización de España a sabiendas de que lo que de esta descristianización resultase ya no sería propiamente España, sino otra cosa, otro ser, otra nación; o más probablemente aún, nada"

Morente descubrió el alcance religioso de esta trágica y grandiosa ejecutoria histórica que se llama España, y también la intención profundamente anticristiana y antiespañola de la actitud europeizadora liberal.

El estilo español implica un tradicionalismo fundamental que no significa ni estancamiento ni reacción, que no representa ninguna hostilidad al progreso real, sino que todo el progreso nacional haya de llevar en cada uno de sus momentos y elementos el cuño y estilo que definen la esencia de la nacionalidad.

España es una prodigiosa armonía metafísica que está constituida en Dios. Esto es un hecho que tiene 1.500 años de Historia. La presencia eficaz de Dios en nuestra Historia, significa solamente que en ella no hay una sola página que no esté escrita en su santo Nombre. La Historia de España está hecha por hombres al servicio de Dios. Y ese es nuestro legítimo orgullo.

Nuestro patriotismo español nunca fue de sensualidad como el que une al aldeano a su valle, sino doctrinal y espiritual o metafísico. Por eso estuvo siempre limpio de las aberraciones racistas tan propias de los bárbaros del centro y norte de Europa y en particular de los anglosajones.

España compensó en gran parte el desgarrón protestante y positivista de Europa alumbrando para la civilización cristiana más de veinte naciones en América.

Veamos como ve la Fiesta de la Raza el gran historiador argentino Ricardo Levene: -"La

gloria de España en la Fiesta de la Raza tiene significado múltiple. Para unos, es el descubrimiento del Nuevo Mundo, porque si Colón no es español por su nacimiento, la inspiración científica y religiosa es de España, y sobre todo, el Descubrimiento comienza aquél 12 de Octubre y continúa durante tres siglos con la exploración del contorno y la penetración en los territorios, merced a la acción de España.

Para otros, la gloria es la dominación, es decir, la conquista dramática, desde México a Buenos Aires, en la que se evidenciaron las enérgicas cualidades del español del siglo XVI, su inteligencia, temeridad y valor.

Con las nuevas investigaciones históricas reveladoras de que España ha acarreado una civilización al Nuevo Mundo, para muchos la Fiesta de la Raza entraña otro significado, se refiere primordialmente al Gobierno y Legislación, a las instituciones políticas creadas en América al igual de las de Castilla y León y a ese monumento que son las Leyes de Indias, que presentan a España como la depositaria de la gloria jurídica de Roma, superada por su propio genio con un concepto cristiano sobre la legislación social y económica.

El Descubrimiento, la dominación y el gobierno de las Indias, todo eso significa en síntesis ese día de homenaje a España. Con ser enorme, no es todo sin embargo. Hay una historia eterna que continúa con la rotación de las generaciones. De España y su dominación en América una obra vale más que el descubrimiento, la guerra de extensión y el derecho indiano, y esa obra se concreta en esta tesis: España fundó en América sociedades que llevaban en su seno el germen inevitable de la futura emancipación. España ha creado naciones para la independencia y la libertad." - ("**Las Indias no eran colonias**") -.

Hemos mencionado algo de la decadencia española del siglo XVIII. Pues a pesar de las advenedizas, exóticas y fantasmales Cortes de Cádiz, absolutamente contrarias al sentir del pueblo español, España estuvo defendida hasta 1.832 de la nueva concepción europea y positivista de la vida. Sin embargo, y ello era inevitable, de alguna forma se infiltraron las ideologías falsas y ramplonas que habían sido el basamento conceptual sobre el que Europa construyó su nueva y engañosa grandeza. No es un español - es un francés, Bertrand - quién escribió el siguiente significativo texto: "Bajo la influencia extranjera, y en particular francesa, perdió el alma española su unidad moral y aún su unidad intelectual, que en el reino del arte y en el del pensamiento habían creado obras sin par. Ideas exóticas la combaten, ideas que serán fermento de las próximas revoluciones que conmoverán durante todo el Siglo XIX y los tiempos actuales a la Península Ibérica".

Entonces surgió la idea de que toda la Historia de España era la Historia de una equivocación: la de haber aceptado como misión histórica el servicio de Dios. Y se creó una nueva Historia en la que la interpretación de los hechos se alejaba de aquella verdad ontológica, para encontrar interpretaciones que justificasen a España sin Dios.

Se intentó llegar a la conclusión de que pudo haberse hecho una España que no tuviera parentesco con Santiago, ni con el Pilar, ni con los Concilios de Toledo, ni con la defensa a ultranza de nuestros tercios de los cánones de Trento en Nördlingen y en las siete Provincias.

Por supuesto, en un plano puramente especulativo, en un mundo de imaginación y fantasía, cabría concebir una España sin Dios. Cabría también imaginar, como en Luisa Fernanda, al tonto del lugar que se creyó golondrina.

Pero así como el pueblo español demostró su gran reserva espiritual y heroica al derrotar

a lo más florido de los ejércitos de la Francia revolucionaria al comienzo del pasado siglo - España tenía entonces once millones de habitantes y dejó en la guerra de la Independencia un millón de muertos -, de análoga manera, como ya hemos visto, demostró su no menor reserva espiritual y heroica en la epopeya de 1.936 a 1.939 y en los casi cuarenta años de nueva grandeza que la siguió.

Y es que la España utópica que nunca existió, aquella que para justificar su indemostrable existencia tuvo que falsificar la Historia, la España que pudiéramos llamar bastarda, jamás consiguió imponerse a la España auténtica, porque a pesar de sus momentáneos triunfos jamás la encontró suficientemente vencida.

Y tal es la única España, la única que el mundo conoce, para admirarla o para combatirla. Su gloriosa identidad nacional española es el servicio a la Fe católica, es decir, a la verdadera civilización, como nos lo ha recordado recientemente su Santidad el Papa Juan Pablo II. Y su hermoso nombre es España siempre.

\* \* \*

## **8. El gran resurgimiento español: (1936-1975)**

- "El carácter esencialmente religioso y a la vez ideológico de la guerra de España, está contrastado por el alucinante interés que despertó en el mundo. Abrió el capítulo de la historia europea que narra la lucha entre la concepción cristiana de la vida y la barbarie marxista. Su actualidad, demostrada día a día por el sinnúmero de artículos y libros que sobre ella se escriben, da fe del hecho de que ese enfrentamiento no está cerrado todavía. El mundo entero participó como beligerante en la contienda española del 36: unos con armas, otros con mediaciones diplomáticas y todos con su emoción apasionada. Aún hoy, si se quiere provocar una violenta discusión en cualquier parte del mundo, basta con suscitar el tema de la guerra española".

-  
"La guerra planteaba virilmente los temas más agudos. "España - escribieron en 1.939 Brasillach y Bardiche - acaba de transformar en combate espiritual y material a la vez, en Cruzada verdadera, la larga y grave contradicción que se incubaba en el mundo moderno. Por todo el planeta los hombres sentían como guerra propia, como victorias propias y propias derrotas, el asedio del Alcázar de Toledo, las batallas de Teruel, Madrid, Guadalajara y Valencia. El "coolie" chino, el peón de Belleuille, el "voyou" perdido en la niebla de Londres, el buscador de oro pobre y decepcionado, el ganadero húngaro, vibraban frente a algún nombre, mal transcrito, en

cierto periódico desconocido. Bajo el humo gris de los obuses, con el cielo incendiado, las contradicciones ideológicas se resolvían en esa vieja tierra de los autos de fe y de los conquistadores, por el sufrimiento, la sangre y la muerte. España consagraba y confería carta definitiva de nobleza a la guerra de ideas".

"¿Por qué tuvo que ser España el escenario de un conflicto universal, en el que se debatía el valor y el sentido de la libertad, la crítica de los totalitarismos comunistas, nazi y fascista, el egoísmo del capital, el respeto por la herencia espiritual de los mayores?. Parece como si nuestra nación, crisol en la antigüedad de pueblos y de razas, defensora después de la conciencia clásica en el orden de los valores, tuviera la misión histórica de poner el error de manifiesto"- (**Vicente Rodríguez Casado**).

La guerra de España sigue hoy apasionando al mundo mucho más que las dos guerras mundiales. La epopeya española de 1.936 - 39 constituyó lo único digno y grande que ha hecho la humanidad en el último siglo en el orden del espíritu.

De la legitimidad del Alzamiento Nacional del 18 de julio de 1936, recordemos solamente lo siguiente.

- "Ha habido en la Historia de España muchas ocasiones en las que se planteó la legitimidad, y lo que es más, la moralidad de determinadas acciones políticas o militares cuya transcendencia se entrevió con mayor o menor claridad, pero con seguridad. Entre las más notables están quizá la conquista de América y la guerra de España de 1.936 a 1.939".

"En ambos casos, teólogos y juristas estudiaron la cuestión de la existencia o no existencia de justos títulos que legitimaran la conquista en el primer caso, y el alzamiento del 18 de Julio de 1.936 en el segundo".

"Esta preocupación por la moralidad de acciones políticas y militares, de si en conciencia podían justificarse o no, constituye un hecho único en la historia de las naciones. Por lo general, los pueblos suelen moverse en la vida política más por razones de Estado que por cuestiones de conciencia".

"En cuanto a la epopeya española del 18 de Julio de 1.936, a fines de 1.938 se creó una Comisión, compuesta en su mayor parte por juristas, que elaboró un dictamen que fue publicado en 1.939, concluyendo que, en el sentido jurídico penal del término, el calificativo de "rebelde" no podía aplicarse a los que se alzaron el 18 de Julio".

" Se debe señalar la preocupación que hubo de examinar - o si se prefiere, de legitimar - desde la Teología y el Derecho lo que estaba ocurriendo. Lo cual quiere decir que existió un sentido religioso tan profundo que ni siquiera con la **Carta colectiva del episcopado** o las pastorales de Gomá, Pla y Deniel o de otros Obispos, se consideró zanjado el tema".

"Probablemente, la razón de que todavía hoy, a los sesenta y cuatro años de iniciarse la guerra de España, siga apasionando hasta el punto de que el torrente de publicaciones, lejos de haber cesado, siga aumentando sin que lleve trazas de detenerse, sea la que de modo tan claro señaló en Febrero de 1.937 Hilair Belloc: "fue esencialmente una guerra en defensa de la religión, una guerra entre defensores y adversarios de la religión cristiana. Por eso sigue apasionando tanto" - (**Federico Suárez Verdaguer**).

En los dos últimos siglos, desde la Revolución atea hasta hoy, la única legislación positiva que se ha conocido en el mundo coherente con el Derecho natural y con los principios de la civilización cristiana, es la que se promulgó en España en el tiempo de Franco. Y esto, en medio de un mundo rabiosamente hostil a ello y en posesión de todos los poderes materiales del mundo. Esto honra a España mucho más que el hecho de haber ganado nuestra última guerra de legítima defensa, en combate materialmente desigual contra el comunismo. Y los españoles de hoy viven todavía en gran medida de aquel impulso heroico, aunque por ignorancia no se enteren y se pierdan la alegría y el honor de agradecerlo.

El comunismo es la aberración más gigantesca y cruel que se ha conocido en la Historia universal. España se defendió de la gran agresión comunista de este siglo con la fuerza de una fiera herida; y prestó su más reciente y heroico servicio a la humanidad venciendo al comunismo **en legítima y debida defensa, propia y ajena**; y en combate materialmente en gran medida desigual como ha hecho muchas veces en su muy larga y gloriosa Historia.

\* \* \*

De la legitimidad del Alzamiento Nacional de 1.936 ya hemos dicho algo. El ordenamiento jurídico español creado con el Estado nacido el 18 de Julio de 1.936, es, en una perspectiva de civilización cristiana, el de más alta calidad científica y el más noble que conoce el mundo en toda la Edad Contemporánea. Es una de las máximamente dignas y grandes cosas hechas por la humanidad para rectificar el rumbo perdido por la civilización cristiana en la Edad Contemporánea. Sería gran injusticia no reconocer que la legislación positiva del mundo que mejor se aproxima a los principios cristianos en toda la Edad Contemporánea, es la que se promulgó en España en el tiempo de Franco.

En Abril de 1.939 estaban, de una parte, los países de tradición liberal y grandes imperios coloniales, en donde predominaban sistemas políticos y económicos de raíz positivista opuestos a la moral católica. De la otra, tres versiones de totalitarismo: el marxismo soviético, el fascista italiano y el Nacional-Socialismo alemán. Franco se permitió el lujo, siendo Jefe de Estado de una pequeña potencia, de no encuadrarse en ninguno. Mantuvo firme adhesión a la doctrina católica y negaba al Estado, al Parlamento y a los Partidos., el derecho a situarse por encima de unos principios que pertenecen al orden moral estatuido por Dios.

Hemos de insistir mucho en esta afirmación: Franco nunca fue fascista. Sólo algunos autores con escaso conocimiento o excesiva obediencia a consignas, pueden seguir sosteniendo esa tesis. Fascismo y Nacional-Socialismo proceden de la misma fuente de donde naciera el marxismo, esto es, de Hegel, de quien tomaron el principio de la identidad entre la sociedad y el Estado. Franco no podía colocarse ni a la derecha ni a la izquierda hegeliana, porque era radicalmente católico.

Es muy de destacar la grandeza de alma y singular valor de mantener un sistema de inspiración claramente católica, atenido en sus leyes a los principios morales guardados por la Iglesia, en todo un mundo rabiosamente hostil a esto y en posesión de todos los poderes materiales del mundo.

Ya antes, pero sobre todo cuando el desembarco de Alhucemas que dirigió Franco y que

proporcionó la tan deseada y necesaria pacificación de Marruecos, el prestigio militar de Franco era reconocido por todos los altos militares del mundo. Felipe Pétain, que era la mayor autoridad militar del mundo, dijo a sus colaboradores: "este hombre tiene la espada más limpia de Europa".

Franco creó nuevo arte militar en Marruecos, todos sus ascensos se debieron a méritos en campaña y llegó, a sus 33 años, a ser el general más joven de Europa. Por supuesto en España, se le consideraba ya con toda justicia como un gran héroe nacional.

A Franco no le movió nunca la ambición personal, sino su limpia y abnegada vocación de servicio. Sin él pretenderlo, desde muy joven, le vinieron sobre sus hombros responsabilidades superiores a su edad y a su empleo.

El fracaso de la República y el fracaso también del golpe de Estado que abrió las puertas a una guerra civil terrible, de dos años y medio de duración, proyectó a Franco a la Jefatura del Estado ya en 1.936. Se dijo a sí mismo que tenía que ganar la guerra y, luego, la paz. Comprendemos así que la Era de Franco, o como quiera que la llamemos, consistió en un colosal esfuerzo de reconstrucción nacional.

Francisco Franco fue ante todo un militar que, sin proponérselo, se vio convertido en árbitro del país en momentos de especial dificultad, y teniendo en sus manos los poderes más completos que cabe imaginar, a causa de que, en la guerra civil, las instituciones se rompieron desde el primer momento. Pero en lugar de intentar la conservación de esos poderes, creando en torno a su persona los compromisos personales de un partido único, como hacen los dictadores, buscó el modo de dotar al Estado de nuevas instituciones, recortando con lentitud, pero sin pausa, dichos poderes, a fin de transmitirlos. Debe decirse que la singularidad de su postura aparece también en que no tuvo que volver a conquistar el poder, ni que defenderlo, porque su autoridad fue aceptada en todo momento. En muchos momentos Franco se encontró en las más terrible de las soledades, la de quien tiene sobre sí los poderes más absolutos que ningún Jefe de Estado poseyera jamás, desde antes de la constitución de la monarquía española. Esta es la soledad que le convierte en responsable ante Dios y ante la Historia. Franco nunca pretendió conservar ni transmitir ese poder, sino hacer de su singular posición fuente creadora de instituciones nuevas que recortasen, poco a poco, las atribuciones del Jefe de Estado, hasta dejarlas reducidas a las que corresponden a las funciones de Rey. Este complejo y dificultoso proceso resulta apasionante cuando se le desentraña con el debido rigor.

La obra institucional tenía como meta la creación de un nuevo Estado de Derecho, a partir del reconocimiento de un principio cristiano: el hombre como persona que se realiza al trascenderse, que tiene deberes antes que derechos, y no como individuo cuya única realización consiste en sumarse, como un número más, hasta la constitución de un grupo, mera cantidad. Este punto es de la mayor importancia. Cuando se analizan los numerosos discursos de Franco no se encuentra ningún doctrinalismo político previo, sino sólo el empeño en seguir las enseñanzas de la Iglesia de un modo simple y tradicional.

De acuerdo con estas ideas, la libertad no nace de un cómputo numeral de mayorías - siempre mostró repugnancia a admitir los votos inorgánicos - sino del juego equilibrado entre el cumplimiento de los deberes y la posibilidad de ejercer los derechos. Naturalmente el liberalismo extremo - cualquier hombre vale tan sólo un voto - y las diversas formas de materialismo, positivista o dialéctico, resultaban incompatibles con esta postura.

Desde el primer momento Franco reveló que consideraba a la Monarquía tradicional



como la forma de Estado que podía dar a las instituciones esa intrínseca legitimidad que necesitan para ser duraderas. Monarquía social, de acuerdo con el espíritu de los tiempos, es decir, apoyada en una mejor justicia distributiva y en una mayor estabilidad de los trabajadores en su empleo - y representativa - reflejo de las personas y de las instituciones.

El Régimen de Franco fue sanamente autoritario pero no dictatorial. La parcela de autoridad que Franco se reservó al coronar su magnífico orden institucional, coincide exactamente con la que, de acuerdo con el Régimen, debía conservar al Rey para siempre.

La autoridad es imprescindible para la sana convivencia y el progreso de un pueblo. Debe estar fundamentada en el Derecho natural y en la ley divinopositiva, o dicho más sencilla y propiamente en la Ley. Tal fue el Ordenamiento jurídico que tuvo España en la era de Franco. Por eso ha sido el único sistema político que en todo el mundo contemporáneo se ha basado en un concepto correcto - real - de la persona y de la libertad. Y por eso mismo el Régimen político de España en la era de Franco, perfectamente equilibrado y armónico en sus diversas y sabias instituciones públicas, hacía imposible la dictadura, contra la opinión de los miserables "políticos" advenedizos del día.

Junto a la grandiosa labor jurídico-institucional, y sin duda como consecuencia práctica de ello, España realizó un esfuerzo espectacular en el orden económico, logrando alcanzar un progreso sin precedentes desde el tiempo de los Reyes Católicos.

El crecimiento de la economía española durante la década de los 60 fue el más alto de Europa, con un 7,3 % de ritmo medio anual acumulativo, mientras los demás países europeos crecían en torno al 5 %. El crecimiento de la producción industrial fue del 20,4 % en 1972, mientras los demás países europeos se situaban en torno a la mitad de este valor. España alcanzó por este año el segundo puesto mundial en la construcción de buques después del Japón. Los muchos pantanos nuevos construidos multiplicaron por diez el volumen total de agua embalsada entre 1952 y 1972. La producción de energía eléctrica siguió un ritmo de crecimiento paralelo a los índices antes citados, que fueron publicados por instituciones y personas solventes de todo el mundo, y cualquiera interesado en ello lo puede constatar. Y todo esto partiendo de cero y sin el oro del Banco de España que fue a parar a Rusia al poco tiempo de comenzar nuestra Cruzada Nacional.

Se habló del "milagro español", expresión acuñada fuera de España por economistas extranjeros. Hubo milagro, sí. Pero como nunca hay progreso integral sin un previo impulso moral, el milagro consistió en el enorme potencial acumulado por dos generaciones de españoles que habían reencontrado la fe y los valores esenciales del espíritu. Y tras el heroísmo derrochado en la guerra y que asombró al mundo, y habiendo dejado en el trance un montón de muertos y de mártires - de los trece obispos y unos siete mil sacerdotes y religiosos de ambos sexos cruelmente asesinados, y muchos miles de seglares, y de los cuales a más de cuatrocientos ha elevado ya Juan Pablo II al honor de los altares -, esas dos generaciones magníficas de españoles que colaboraron eficazmente con Franco, crearon con su trabajo inteligente y abnegado una España mejor, más justa y respetada, cuyo recuerdo permanecerá siempre vivo en la conciencia de muchos españoles de buena voluntad, que lo transmitirán lealmente sin duda a las generaciones venideras para su alegría y alto estímulo.

La difícilísima operación de mantener a España al margen de la segunda guerra mundial, no fue sólo altamente meritoria, sino que benefició enormemente a España y a todo el mundo. España salvó la vida de unos 46.000 judíos del exterminio nazi.

Hubo en España trabajo para todos y se mejoró extraordinariamente la justicia distributiva creándose una gran clase media nacional.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas, creado tan pronto acabó la guerra, promovió la cultura y la ciencia españolas de manera extraordinaria. Y pronto la Seguridad Social mejoró extraordinariamente las condiciones de vida de todos los españoles.

Franco fue un militar extraordinariamente ejemplar. Su hoja de Servicios no tiene igual en la historia de los ejércitos. Pero además de extraordinario militar y patriota, fue también un estadista genial. Franco fue siempre plenamente coherente con los principios de la moral católica, tanto en lo grande como en lo pequeño. Por eso fue el artífice de su propia gloria que tan pródigamente decoró su persona.

Franco no entendía a Europa como una mera concurrencia de intereses económicos, sino como una civilización históricamente conformada por ciertos valores del espíritu: como el Papa Juan Pablo II. Y la voluntad europeísta de España, no como entrar en un negocio, sino como el derecho a disfrutar de una herencia.

Contemplando atentamente y por entero la vida y obra de Franco, y teniendo a la vez presente la magnitud total del enemigo, resalta con perfiles más y más claros la grandeza de su alma.

- "Como soldado había probado en la guerra su enorme valor. Pero no inferior es el que se exige para gobernar en las condiciones en que él tuvo que hacerlo. Hubo de mantener y ganar una guerra de 32 meses, partiendo de cero y de un Alzamiento fracasado, frente a una tremenda superioridad cuantitativa de sus adversarios. Se quedó sólo frente al mundo entero que le proscribió, y montó conspiración tras conspiración para derribarlo. Afrontó situaciones económicas pavorosas; y amenazas interiores y exteriores de todo orden con un valor sobrehumano, con una energía psíquica incalculable y una personalidad propia de los elegidos. Jamás actuó para la galería, sino para "responder ante Dios y ante la Historia". La justicia de Dios le habrá premiado. Y la Historia le colocará entre los grandes gobernantes que construyeron y levantaron la nación española"- (**Federico Silva Muñoz**).

\* \* \*

Traemos aquí unas líneas espigadas de la obra de Luis Suárez Fernández, Titulada **Francisco Franco y su tiempo** (tomo II; págs. 78 y S.S.), porque es seguramente lo mejor y más importante que se ha escrito sobre nuestra guerra y la posguerra española y europea hasta 1975. Y además, porque en esta obra se reflejan rasgos muy importantes de la personalidad de Franco, que el Generalísimo mantuvo durante su vida desde su adolescencia hasta su muerte.

(...) - "Franco necesitaba acreditar esas condiciones que todo el mundo le reconocía cumpliendo con éxito aquellas dos operaciones de las que dependía el destino final de la guerra: atravesar con sus tropas el brazo de mar que separa España de África y ensamblar

luego las dos mitades, norte y sur, en que se ejercía el poder del Movimiento. El paso del Estrecho llegó a convertirse en una obsesión: "tengo que pasar, y pasaré", repetía con frecuencia. Pero frente a la poderosa flota roja, que utilizaba el puerto de Tánger como base, y había recibido refuerzos, él disponía tan sólo de un cañonero, Dato, el torpedero T-19 y un guardacostas, (...)

(...) Por razones de prestigio militar, Franco estaba decidido a arriesgar el transporte por mar de una parte, al menos, de sus fuerzas. El mismo día 29 de julio, apenas regresado de Sevilla, convocó a su despacho en Tetuán a los pocos oficiales de Marina con que contaba, para comunicar este proyecto; todos protestaron del riesgo: la superioridad numérica del enemigo era aplastante. Pero el general razonó de otro modo; y les conminó: "no les he llamado para que me digan estas cosas, sino para comunicarles que el convoy de tropas y material debe pasar lo más pronto posible; y les aseguro que pasará". (...)

(...) Conforme pasaban los días, iba creciendo la importancia del general Franco. Todas sus decisiones resultaban certeras. No demostraba ninguna vacilación en cuanto a los objetivos a alcanzar y, una vez señalados, nunca se le escapaba la victoria. Era como el reflejo de la buena fortuna de que, muchos años antes, hablaban sus soldados marroquíes. Las campañas de África crearon en torno a Franco esa imagen específica del guerrero excepcional que es una mezcla de valiente, **mizzian** y de invencible o **baraka** en la visión simplista de los berberiscos. Dicha imagen ha desempeñado un papel muy importante en su vida y en que no se trataba de algo espectacular, con grandes gestos. Al contrario, los testigos insistieron mucho en la actitud serena, casi pasiva, que demostraba en el combate, aun en los momentos más duros. Pero era, todavía más, el resultado de una preparación concienzuda durante largo tiempo. En su conciencia - y este es dato que no podemos desdeñar - se trataba de la "ayuda escandalosa de Dios. El ángel de la guarda está con nosotros". Hombre de fe, atribuyó una parte de sus éxitos a la Providencia; tal vez, por esta razón, sabía conservar la serenidad. (...)

(...) Preparada para el día 2, y demorada luego para el 5, según revela la correspondencia entre Franco y Mola, la travesía marítima del Estrecho tuvo lugar en la tarde de este día. El convoy, con hombres y petrechos se había venido disponiendo en Ceuta. Muy significativamente, Franco subió primero al santuario de la Virgen de África, para rezar ante la imagen. Luego se trasladó al fuerte del Hacho, que iba a servirle de puesto de mando durante la operación; estaban con él el general Orgaz, un oficial de la Guardia Civil y dos ayudantes. (...)

(...) Pasaban lentas las horas. Hasta las cinco en punto de la tarde, no emprendió la marcha el convoy. La distancia entre Ceuta y Algeciras es muy corta. A la espera de noticias, mientras veía a sus barcos, uno a uno, hundirse en la bruma que ocultaba la costa de enfrente, el general Franco mantuvo con sus acompañantes una conversación trivial, como si toda aquella operación fuese de mera rutina. A las 8 de la tarde le pasaron la noticia: "el convoy de la victoria", se encontraba ya a salvo en los muelles de Algeciras. Franco se volvió hacia sus interlocutores y comentó "se me ha pasado rápidamente el tiempo hablando con ustedes". Pero entonces alguien no pudo contenerse y estalló: pues "a mí me han parecido las horas más largas de mi vida". (...)

(...) A punto ya de abandonar definitivamente África, cerrando el capítulo más decisivo de su vida, Franco, a quien la Junta de Defensa había acordado el día 3 incorporar a su seno, tuvo una importante conversación con Kindelán que le aseguraba que la guerra estaba ganada. "Conforme enteramente - me dijo el general - no abrigo dudas sobre el triunfo, no las he abrigado un solo momento". Pero luego guardó silencio unos minutos y añadió: "va a ser costoso y largo". Esta era la meditación profunda de quien, desde ahora, se convertía en el primer general del Movimiento. (...)

\* \* \*

Aunque muchos españoles de hoy lo desconozcan por irresponsable, o desagradecido, o por el provocado olvido, la obra más colosalmente benéfica de Franco para el verdadero bien común de **todos** los españoles, después del hecho de haber vencido en la guerra a nuestros mayores enemigos, fué la de haber instituido un ordenamiento jurídico de la sociedad española conforme con el Derecho Natural y con la Ley divinopositiva. Y lo hizo en medio de un mundo rabiosamente hostil a ello y en posesión de todos los poderes materiales del mundo.

La Ley de Principios del Movimiento Nacional, promulgada por Franco el 17 de mayo de 1958, comienza diciendo: **consciente de mi responsabilidad ante Dios y ante la Historia**. No dice que "él se hace responsable", como alguno lo está tergiversando por ignorancia o malicia, sino que es consciente de su responsabilidad, lo cual es completamente distinto.

Esto es de tal trascendencia benéfica para el verdadero bien común de **todos** los españoles, o al menos lo fué durante cuarenta años de nuestra todavía reciente Historia, que fué muy agradecido y así manifestado como tal, pública o personalmente, por gente eminente de ciencia y conciencia del mundo. Pondremos a continuación sólo estas muestras.

- "Sería gran injusticia no reconocer, que la legislación positiva que mejor se ha aproximado en los dos últimos siglos a los principios cristianos, es la que se promulgó en España en el tiempo de Franco" - **Cardenal Primado Don Marcelo González Martín**.

- "El hecho tiene en la historia de la sociedad civil el relieve extraordinario que todo el mundo reconoce, amigos y enemigos, por el trance heroico y universalmente apasionante de sus orígenes y por la larga trayectoria, pacificadora y transformadora, que desde entonces y por bastantes años vino marcando a la vida de España".

"Pero el hecho es también un signo, ya imborrable en la historia de la Iglesia contemporánea: por el empeño, singular en esta época, con que un hijo de la Iglesia ha tratado de proyectar en la vida pública su condición de cristiano y la ley de Dios proclamada por el Magisterio eclesiástico: y por las manifestaciones emitidas acerca de él por Papas y obispos, que si se atiende a su contenido y también a su unanimidad y persistencia, difícilmente se hallarán en relación con ninguna otra persona viviente en los últimos siglos" - (**Mons. José Guerra Campos**. La Iglesia y Francisco Franco, Suplemento Iglesia-Mundo, n.º 80).

Cuando en 1953 se firmó el concordato del Estado español con la Iglesia, el Papa Pio XII mostró a Franco su agradecimiento por haber sido este Concordato una de las mayores victorias

que obtuviera nunca la Iglesia en sus relaciones con los Estados modernos. El Papa otorgó a Franco el Gran Collar de la Orden de Cristo y le nombró Caballero de la Milicia de Cristo, exquisita Orden a la que pertenecían sólo cuatro personas y ninguna de ellas Jefe de Estado o de Gobierno. Franco podía sentirse, verdaderamente, hijo predilecto de la Iglesia a la que había tratado siempre de servir.

Por **Luis Suárez**  
Catedrático. Académico

Decir que España es unidad de destino significa tanto, como afirmar que los españoles somos hombres y mujeres que tenemos principios del Movimiento, que fueron promulgados como fundamentales en mayo de 1958.

Fue entonces cuando el Generalísimo Franco utilizó una expresión que en nuestros días se está tergiversando. Él nunca dijo que se hacía responsable ante Dios y ante la Historia, sino que era **consciente de su responsabilidad** Responsables ante Dios y ante la Historia somos todos por nuestros actos y en mayor medida los que se dedican a la política. Es posible que unos se sientan conscientes de esta responsabilidad y que otros sean unos inconscientes... Allá ellos. Pero yo quisiera, cuando llegue el final de mi vida, tener en mis manos aunque sólo fuera la milésima parte de la que Franco tenía en las suyas, cuando llegó el momento de dar cuenta de la España que había tenido bajo su mando ante el tribunal de

Dios. Que es la hora de las cuentas definitivas.

Esta ocasión de 1958 fue muy importante, porque se trata de la primera vez y, hasta ahora, la única, si no me equivoco, en que se ha intentado reflejar por escrito la constitución básica de la nación española, es decir, de qué modo se encuentra constituido el cuerpo nacional. Los historiadores nos vamos acostumbrando a establecer la ambivalencia de la palabra constitución. Hay mucha diferencia entre el enunciado constitución - la nación es así - y el enunciado constituyente. Cuando el enunciado es constitutivo no se pretende inventar nada: se recoge la herencia que la Historia ha creado en nuestro país y de la que los ciudadanos de hoy no pueden considerarse dueños, pues pertenece a los que vivieron antes y a los que han de venir después. Pero en cambio cuando se trata de buscar un texto constituyente - y esto sucede desde la Constitución de 1812 - no se pretende respetar lo que hay, sino imponer al futuro una determinada dirección.

(...) En la Constitución actual se habla de regiones y nacionalidades. Se apunta a esto, para crearlas, aunque no existan. Y esa es la tremenda interrogante de futuro que cobra en nuestros días sentido dramático.

En cambio, el primero de los principios del Movimiento Nacional - y haría falta un curso entero para explicar lo que esto significa - afirmó precisamente que **"España es una unidad de destino en lo universal"**. La frase, como todo el mundo sabe, fue pronunciada por un hombre excepcional, pensador político excepcional en circunstancias también excepcionales. Me refiero a José Antonio Primo de Rivera. Y pienso que, para entenderla tendríamos que releer al gran doctrinario político que, además de poeta, fue José Antonio. Se incorporan en ella dos conceptos muy fundamentales. Primero que España es y no necesita llegar a ser; es la herencia que hemos recibido con cierta estructura. Segundo, que hemos de amar a España no porque nos guste, pues amar lo que gusta carece de mérito, sino precisamente con el sentido serio y dramático de la existencia, aunque no nos guste. Más aún, precisamente porque no nos gusta, y no con el amor de sensualidad que une al aldeano con su valle, sino con el amor que trasciende al hombre y le une en unidad de destino, desde el pasado al futuro que tiene que construir.

En la mente de Dios los españoles hemos recibido algo y somos llamados a responder. Lo que Dios reclama a cada una de las generaciones de españoles es que sepa asumir libremente la herencia de ese algo esencial que somos y responda de ello. (...)

(...) ¿Recuerdan todavía aquella terrible mañana del 19 de julio de 1936?. Cuando España era como fondo de caleidoscopio, ruptura de la realidad en un cuadro abstracto. Bajaban los requetés de los montes a la plaza mayor de Pamplona. Hervían los falangistas en Valladolid. Ya era Madrid la presa de las brigadas del amanecer. Se repetían en nuestros buques de guerra de escenas del acorazado Potemkin, según la película de Eisenstein

que, precisamente, se proyectaba en aquellos días. La violencia estallaba porque media España no quería morir a manos de la otra media ni someterse a la dictadura del marxismo. Pues bien, en medio de la locura, un hombre vestido de paisano por respeto al territorio extranjero que sobrevolaba, iba hacia Tetuán. Y al llegar al aeropuerto un teniente coronel, el "rubito" Sáez de Buruaga, le recibió con el gesto normal que indica la tabla: "Sin novedad en Marruecos, mi general." Aquel hombre era Francisco Franco, que había tomado sobre sí la responsabilidad de rehacer la unidad de España. Y lo consiguió. Y sucedió entonces que con el mero hecho de la restauración de esta unidad, a partir de aquel día, los españoles comenzaron a ver que las cosas estaban siendo cada vez menos malas. Hasta que llegó la hora en que empezaron a ser mejores. Y España se situó en el sexto lugar de los países del mundo... España, unidad, es en sí una fuerza tan poderosa, que es comprensible que sus enemigos busquen el modo de dividirla. (...)

(...) ¿Será posible que los españoles de hoy nos hayamos vuelto tan insensatos como para renunciar a todo esto, qué fuimos y qué somos, para retornar a la España tribal de los tiempos antiguos?. Confieso que experimento profundo sufrimiento cuando contemplo los esfuerzos que hoy día se hacen para borrar los signos de la unidad española y del profundo secreto de la Hispanidad. Que nadie se engañe a este respecto: todos nosotros, españoles, queramos o no, somos responsables ante Dios y ante la Historia de la herencia espiritual que hemos recibido. El primero de los principios del Movimiento no inventaba nada; sólo pretendía recordarnos que ser español, antes que un derecho, constituye un deber del que los votos de un Parlamento no pueden eximir. Y de los deberes morales se responde ante Dios, al final de la vida, seamos o no conscientes de ello. (...)

Por **Antonio Millán-Puelles**  
Catedrático. Académico

No tuve el honor de tratar personalmente a Franco y, por lo demás, nunca he sentido la noble vocación de la política, a veces tan profanada. Mi gratitud a Franco responde exclusivamente a lo que entiendo que es un puro y simple deber de elemental justicia, independientemente de toda clase de prejuicios ideológicos, aunque no de unas básicas y esenciales ideas acerca del bien común.

La victoria capitaneada por Franco en nuestra guerra de 1936-39 nos salvó a **todos** los españoles de las aberraciones del socialismo incivil y de la monstruosidad del comunismo. Todos los españoles debemos también a Franco el habernos ahorrado las pavorosas consecuencias que nos hubiese traído la participación en la guerra mundial, subsiguiente a la nuestra. Y mientras Franco vivió, los españoles estuvimos libres de la bochornosa legislación que hoy nos permite algunas de las peores depravaciones morales y hasta consiente que se las subvencione con el dinero del erario público. ¿Puede alguien imaginar que con Franco hubiera sido posible algo semejante, ni aun de lejos, a estos frutos del libertinaje político?.

A lo que llevo dicho debo añadir que Franco supo hacernos imposible, a lo largo de todo su mandato, esa especie de permanente guerra civil fría - a veces recalentada - que es la pura "partitocracia" con su apriorística y sistemática oposición a cuanto haga el Gobierno de turno y con el fuego cruzado de groserías y difamaciones a cargo de los portavoces y representantes de los distintos bandos.

Hasta cierto punto, me parece explicable el rencor a Franco en quienes lucharon contra él y en quienes fueron sentimentalmente los herederos de ellos. Perdonar al vencedor es más difícil que perdonar al vencido. Lo que no logro, en cambio, es encontrar una relativa disculpa a quienes habiendo sido admiradores y hasta colaboradores de Franco, guardan un silencio sepulcral ante las injurias que se le vienen haciendo tras su muerte, cuando no es que se suman a ellas con cobardes ambigüedades y plebeyos oportunismos.

Pero estoy convencido de que una sensibilidad normal y una información no adulterada bastarán para que la imagen de Franco quede libre de las manchas y sombras que el resentimiento y la manipulación siguen proyectando sobre ella. **Franco merece un recuerdo lleno de gratitud.** Son palabras de S.S. Pablo VI.

## 9. La era de Franco.

Si al final de un estudio riguroso de la Historia, la Era de Franco resulta engrandecida, no lo extrañen. Fue grande en sí. Todo el mundo sabe que el general Franco luchó con todas sus fuerzas contra el marxismo, al que consideraba como radical y destructor enemigo del hombre. El marxismo, y toda su herencia nefasta de odio que tiene hoy inundado al mundo, le paga con la misma moneda.

La tremenda agresión del comunismo internacional a España en 1936, estuvo muy cerca de borrar de la Tierra a la Nación española. En la guerra española de 1936 a 1939, la España clásica capitaneada por Franco se enfrentó con poderes materiales extraordinariamente superiores. Y prestó así su más reciente y heroico servicio a la humanidad, venciendo al comunismo internacional **en legítima y debida defensa, propia y ajena**, en combate en gran medida desigual como ha hecho muchas veces en su larga y gloriosa Historia.

Hay bastantes historiadores serios, españoles y extranjeros, en posesión de rica información documental y testimonios de la máxima solvencia, que no se explican cómo la España con Franco pudo alcanzar la Victoria. Unos ven la mayor entidad de esa dificultad global en el paso del Estrecho por el "convoy de la victoria", que a pocos días de iniciada la guerra trasladó a la Península un contingente de tropas del Ejército de África. Otros ven como la mayor dificultad, terminada nuestra guerra y empezada la mundial, en haber frenado a Hitler en Hendaya en octubre de 1940. Otros se asombran ante las victorias, en nuestra guerra, en las batallas de Brunete, o en la del Ebro, etc...



En cuanto al frenazo a Hitler en Hendaya, el historiador Stanley G. Payne tiene escrito así: - "Franco tendrá el reconocimiento mundial de haber sido el único estadista europeo en superar decisivamente a Hitler en las negociaciones personales, pues otros se vieron arrastrados a la muerte o a la destrucción, o a pérdidas masivas y casi a la destrucción".

Hombres eminentes de Europa y América vieron en nuestra victoria contra el comunismo la clara acción providencial.

\* \* \*

La victoria capitaneada por Franco en nuestra guerra de 1936-39, y los casi cuarenta años de reconstrucción nacional que la siguió, se puede fundamentar claramente en la prodigiosa generación que simplistamente llamamos del "98". Esta generación puede cabalmente representarse por algunos de sus hombres exponenciales - dejando aquí ahora fuera a la inmensa mayoría por total falta de espacio para ello - , como por ejemplo Saturnino Martín Cerezo y sus treinta y cuatro hombres de Baler, por Menéndez Pelayo, Ganivet, Menéndez Pidal, Azorín, José Antonio Primo de Rivera, los "africanos"..., entre todos los cuales correspondió a Francisco Franco, sin él buscarlo, personificar y ejercer ese formidable espíritu del "98" que hizo a la España clásica volver a encontrarse a sí misma, en la increíble pero cierta victoria contra sus mayores enemigos, y en los casi cuarenta años del gran resurgimiento nacional y de auténtica grandeza que se siguió.

La corriente doctrinal dominante que inspiró conceptualmente el nuevo Estado fue la del catolicismo tradicional, hispanizada y actualizada principalmente por Menéndez Pelayo y por las encíclicas pontificias. Se trataba de la adaptación nacional de uno de los patrimonios intelectuales más elaborados y fecundos de la especie humana. Por lo menos desde el Concilio de Trento hasta el Concilio Vaticano II, ese acervo cultural era tan sistemático, cabal y homogéneo que cabía referirse a él como un todo inequívoco, tanto en el ámbito teológico como en el filosófico y, consecuentemente, en el moral y político.

Desde la primera ley fundamental, el Fuero del Trabajo, la legislación respondió a las exigencias de la moral cristiana. Lo proclamó solemnemente, el 17 de mayo de 1958, el segundo de los Principios Fundamentales: **"La nación española considera como timbre de honor el acatamiento de la ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única verdadera, y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirará su legislación"**.

Para la Iglesia, los beneficios de tan estrecha colaboración del Estado fueron extraordinarios. Se reconstruyeron iglesias, conventos, seminarios, colegios, centros de formación... A partir de 1952 se superó la cifra de 8.000 seminaristas (actualmente, con una población superior en un 50 por 100 hay menos de 2.000). Con el nuevo Estado el catolicismo español registró un auge sin precedentes en la edad contemporánea, de lo que se siguieron toda clase de bienes.

Del asombroso progreso material ya hemos dicho algo en las páginas 86 y 87.

Cabe destacar sin duda este otro aspecto asombrosamente difícil y meritorio de este gran resurgimiento español de la era de Franco. Tuvimos en contra al mundo entero en posesión de

todos los poderes materiales. Los aliados de la segunda guerra mundial, entre sus actos más inicuos - en particular por parte de los "occidentales" - estuvo la condena y el bloqueo político y económico de España por su recién estrenada ONU. Ellos tenían toda la fuerza material. Nosotros teníamos toda la razón y la gallardía hispánica del "98". Toda España era Baler. Y por eso venció España.

\* \* \*

El Alzamiento popular y militar español del 18 de julio de 1936, fué moralmente legítimo y debido como lo han sancionado en su día los hombres con mejor información y mayor autoridad moral del mundo: los Papas Pío XI y Pío XII, con todos los obispos españoles de entonces, y gran cantidad de hombres de ciencia y conciencia españoles y extranjeros. Todo esto, como el recuerdo de los trece obispos y más de ocho mil sacerdotes asesinados por la barbarie marxista en nuestra guerra, como también gran número de miles de seglares, es lo que se quiere ocultar deliberadamente por nuestros advenedizos dirigentes políticos de la "transición", aunque de todo ello existe documentación muy abundante y fehaciente a disposición del público estudioso y honrado, que ahora se oculta deliberadamente por sistema. Pero sin duda tuvieron razón los católicos españoles al alzarse en **legítima defensa, propia y ajena**, contra una república masonica y marxista, alzamiento que la propia Iglesia consideró como Cruzada.

La España surgida de la Cruzada Nacional del 18 de julio de 1936 y los casi cuarenta años de asombroso progreso real - integral - que la siguió, fué lo más decoroso y heroico realizado por la humanidad en el mundo del siglo XX en el orden del espíritu. España volvió a ser realmente Una, Grande y Libre. Una, porque resistió y venció, con el sacrificio enorme de la guerra, a sus más terribles enemigos de siempre, marxismo y masoneria mundiales que la quisieron destruir. Grande, por su sacrificio heroico en servir a los verdaderos principios de la civilización cristiana, única verdadera, en medio de un mundo envilecido y rabiosamente hostil a ello y en posesión de todos los poderes materiales del mundo. Libre, porque desde hacía ya mucho tiempo, quizá más de un siglo, la España gobernada por Franco se mantuvo firme y libre de la terca y malvada tendencia extranjera a intervenir a su antojo en los asuntos privativos de España.

El siglo XX ha sido el más bárbaro y cruel que se ha conocido en la Historia, con una muy singular, heroica y ejemplar excepción: los casi 40 años de la España y de los españoles del tiempo de Franco. El Ordenamiento jurídico español fué el de más alta calidad científica que ha existido en Europa desde la Revolución francesa. Y en consecuencia, el más fecundo para el auténtico bien común y el progreso real de todos los españoles y en todos los sentidos.

Mirando a la Europa de hoy, en la que un francés masón de grado 33 preside la comisión europea que quiere imponer una Constitución para Europa sin alma y sin Dios, es decir, sin Europa, sin que esta pueda ser nunca más racionalmente inteligible, resulta por contraste tanto más impresionante el testamento espiritual de Franco al pueblo español. Destaquemos ahora aquí sólo el siguiente párrafo: **"No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta. Velad también vosotros, y para ello deponed, frente a los supremos intereses de la Patria y del pueblo español, toda mira personal"**.

Si con tal Constitución europea antes aludida se impone institucionalmente un planteamiento hedonista de la vida, el porvenir de Europa será muy malo. Si fuéramos capaces de insuflar en cambio la vida suficiente a este edificio que tiene ya bastante bien construida la

arquitectura de sus andamios, es decir, la suficiente capacidad moral, Europa volvería a convertirse en uno de los elementos fundamentales del Universo para su propio bien y el de muchas gentes en el mundo. La clave de ello pudiera significarse quizá con una sólo palabra: **generosidad**.

\* \* \*

- "El valle de los Caidos nació con una triple misión. En primer término, la búsqueda de una reconciliación, de verdad, entre aquellos que habían tomado parte en una guerra civil. No hay más reconciliación que la que ofrece la Cruz de Jesucristo. En definitiva, los que tuvieron la idea de este monumento pensaron exactamente así: sólo en la aceptación de la Verdad que la Redención lleva consigo, es posible encontrar finalmente la paz. Si España no hubiera dejado de ser católica - aquello que tan importante le parecía al señor Azaña, ahora tan alabado - probablemente no hubiéramos llegado al tremendo drama que supuso la guerra de 1936 a 1939(...)

(...)Esa reconciliación, búsqueda de reconciliación en realidad, daba origen a una segunda misión que es la primera que en este momento - aunque a muchos no les parezca - el Valle está cumpliendo: rezar. Hace quince días se celebraba aquí la festividad de Nuestra Señora del Valle. La asistencia fue verdaderamente sorprendente para los que veníamos de fuera. El Valle atrae cada vez más en este sentido.

Pero había una tercera faceta a la cual el Generalísimo Franco otorgaba una gran importancia, y que nació de una larga conversación que él mantuvo con dos personas vinculadas estrictamente a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas: su ministro de Asuntos Exteriores entonces, Alberto Martín Artajo, y don Ángel Herrera, que todavía no era obispo de Málaga pero estaba a punto de serlo. Ellos afirmaron - pienso que tenían mucha razón -: en gran medida, los defectos de los pueblos empiezan por una falta de formación, por una falta de conocimientos.

Es imprescindible que el Valle sea un centro para el encuentro intelectual en el que se traten los problemas que afectan no sólo a España sino a la sociedad española. Porque el conocimiento de estos problemas y algo en torno a ellos, con entera libertad, sin juicios previos, sin cesiones a la propaganda, es lo que puede llevar a un conocimiento que nos evite tropezar dos veces en la misma piedra. Se emprendió esta tarea. No tenéis más que dar una vuelta a la cabeza para contemplar la biblioteca que fue el resultado de aquello. Pero a esta idea se renunció deliberadamente por las más altas instituciones del Estado inmediatamente después de la muerte de Franco.

Por eso la Hermandad ha decidido tomar en sus manos esa tarea, en la medida en que puede, sin desanimarse nunca por el escaso número de los aquí reunidos. Doce eran los Apóstoles, y probablemente Jesucristo no hubiera querido ni uno más. Es como una simiente que cae en tierra y que, manteniendo su vitalidad, puede dar después un fruto. Y así hemos venido tratando año tras año cuestiones que nos parecían de actualidad y de importancia desde el punto de vista social. Sin tener una idea preconcebida, sin tomar tampoco una actitud partidista. Explicar y entender es lo que verdaderamente importa(...)

(...)Nosotros no podemos olvidar que estamos en el Valle y que estamos tratando de cumplir una misión que el propio Franco explicó en una conversación de enorme importancia

en la que intervinieron cuatro personas y de la que afortunadamente ha quedado una versión documental entre los papeles que he tenido yo la virtud de ver. Esas cuatro personas eran Herrera Oria, Martín Artajo, el futuro Papa Juan XXIII (que ha sido el gran protector de este Valle, que él erigió en Basílica, pues tenemos un **lignum crucis** porque lo ha regalado él, como concedió también indulgencias especiales, que para los no creyentes no tienen importancia ninguna, pero que para los creyentes la tienen y mucha) y el propio Generalísimo, que vieron con claridad que en la coyuntura del mundo era imprescindible llegar a una comprensión de los problemas mediante el diálogo para evitar que se repitiera lo terrible que había ocurrido, no sólo en España, sino en Europa entera. Esta misión no ha sido sostenida por quienes cuentan con los medios abundantes y suficientes (me estoy refiriendo a las altas instituciones del Estado), pero nosotros hemos constituido la Hermandad para en la medida de nuestras posibilidades, llenar un hueco. Pocas personas, pero siempre han sido pocas personas las que han movido las grandes ideas y las grandes doctrinas." - **(Luis Suárez Fernández)**

## 10. La "transición".

La adopción espiritual del Estado por la Iglesia se interrumpió durante el pontificado de Pablo VI, por razones espiritualmente inescrutables y que, en cualquier caso, habrían quedado refutadas por los negativos resultados religiosos obtenidos. A través de su nuncio apostólico, el pontífice no cesó de acentuar su tendencia a seleccionar a los prelados españoles en función de su distanciamiento del régimen.

Lo que se inició como prudencial despegue, concluyó en velada hostilidad. Esto último es lo que Franco, en unas notas manuscritas en 1972, publicadas por Luis Suárez denominó "puñalada por la espalda". Finalmente, la Jerarquía promovió el cambio político. Las consecuencias pastorales de la propiciada sustitución del Estado confesional por el agnóstico han sido espectacularmente adversas para el catolicismo.

Cayó así el único Estado confesionalmente católico del Occidente contemporáneo, quizás el último. **(Historia de España y América: la época de Franco. Rialp; 1992).**

\* \* \*

La Jerarquía vaticana y española de los años setenta, pensaban que sólo el sistema liberal democrático tenía garantías de futuro; y por eso querían suprimir el Régimen político español y sustituirlo por la actual democracia liberal. Nuestros obispos más valiosos de entonces, ya en minoría numérica producida por una serie de sustituciones furtivas, así como los hombres más

preclaros y patriotas de España, consideraban suicida esa postura: el catolicismo iba a echar por la borda una sociedad a la que orientaba y penetraba para lanzarse al vacío de una aventura seguramente sin retorno.

La gran presión de los clérigos en crisis venció. Su actuación fue política y no religiosa, furtiva en muchos casos y violenta o descarada en otros. No es nada extraño que varios miles abandonaran el sacerdocio cayendo en la secularización. Esto causó un enorme daño a la Iglesia en España con la ruina espiritual de muchos españoles. Pero ello no exime de su responsabilidad imprescriptible en este inmenso crimen de alta traición a la Patria, a los que ocupaban las más altas cumbres del Estado español y del poder inmediatamente después de la muerte de Franco.

La llamada "transición", como dicen, es un inmenso fraude moral, jurídico y político realizado a espaldas del pueblo español como han demostrado eminentes juristas e historiadores.

La estructuración del Estado en comunidades autónomas y la constitución de 1978, reflejan un cúmulo tal de insolvencia política, una enciclopédica incultura, un absurdo histórico-político, una cobardía y una frivolidad tales, que resulta difícil pensar que no haya sido toda una operación calculada de mala fe por parte de agentes al servicio del nihilismo antiespañol y con el propósito de lograr la desaparición de España como nación.

Sería extraordinariamente interesante una seria investigación para descubrir a sus verdaderos autores y sus ocultas intenciones.

La constitución española actual no contiene la más mínima referencia a Dios y abre - ya lo ha abierto - el camino al positivismo jurídico y político y a las "leyes" infames propias de la barbarie europea contemporánea; y en último término a la desaparición de España como nación después de tantos siglos de tan singularmente gloriosa y fecunda historia. Y así se llega a una ordenación de la sociedad contraria a la propia naturaleza con que Dios ha constituido al hombre y al mundo, de cuya irracionalidad sólo se pueden seguir grandes males de todo orden. Un 7,83 por ciento de los españoles tuvimos el honor de darnos cuenta en su día de ello y de votar NO a la "reforma política" y a esta constitución.

Con ser esta de la estructura política la más dura, no es la única dificultad para defender la unidad de España y su subsistencia como Nación.

Desde hace ya más de veinte años está tercamente vigente una denigración sistemática e institucionalizada contra la esencia histórica de España desde todos los llamados medios de comunicación social. En esta infame operación demoledora están implicados dirigentes del partido actualmente en el poder. Y también están involucrados obispos, "intelectuales", pseudohistoriadores y políticos advenedizos, que consideran, por ejemplo, la ingente empresa española del descubrimiento, evangelización y civilización de América, la más amplia que se conoce en la Historia para el bien de muchas gentes en el mundo, como una gran barbarie por la que deberíamos pedir perdón y avergonzarnos. Y tal mostruosidad predicán de palabra y por escrito, difundiendo como verdadera la siempre falsa y vil "leyenda negra" antiespañola, con gravísimo daño espiritual para la gente española de hoy más indefensa intelectualmente.

Y naturalmente estas actitudes infames vuelcan hoy preferentemente su odio con calumnias contra la egregia figura histórica de Franco; y contra los que con él colaboramos en

cumplir **nuestro elemental deber de legítima y debida defensa de España, propia y ajena**, al luchar y vencer al comunismo internacional en nuestro suelo con el sacrificio enorme de la guerra. Pues también por esto quieren que pidamos perdón estos miserables que, gracias a nosotros, viven y ocupan puestos de privilegio en la situación presente; pues caerán sin duda en el desprecio de las próximas generaciones españolas.

Muchos españoles que aún vivimos tenemos la humildad y el honor de reconocer, agradecer y amar aquella hermosa y fecunda Era de Franco. Y somos "nostálgicos" sí, pero nostálgicos de un porvenir espléndido que estaba ya en marcha y nos ha sido robado. Y lucharemos siempre por recuperarlo en sus notas esenciales, que son las que producen el verdadero progreso de la sociedad en todos los terrenos y dimensiones humanas.

Tremenda dificultad representa también hoy la ridícula, aberrante y criminal actitud de los nacionalistas vascos y catalanes, con lo que se destrozarán a sí mismos causando grave daño a los demás, porque se mueven por el fanatismo ciego y el odio.

Nuestro Estado actual es malo y caro; **peor que malo por su función necesariamente disolvente**; y disparatadamente caro por la cantidad de parlamentos y gobiernos inútiles que sostiene con su enorme cortejo de funcionarios. Esto, con la disminución y envejecimiento de la población que se quiere compensar con inmigrantes muy distintos, destruirá progresivamente la economía nacional causando daños crecientes a toda la sociedad.

La Constitución ha contribuido poderosamente a crear una mentalidad permisiva que está causando un verdadero estrago en la población española. La familia española está en gran parte desarticulada y con ella la sociedad.

No existe plan educativo alguno honrado y racional. Nuestra función educativa pública y parte de la privada es actualmente miserable en todos los niveles, en profesores, programas y textos, salvo en muy pocas y honrosas excepciones. Parece que se pretendiera producir enanos y no hombres.

Esta situación reviste especial gravedad en el País Vasco y Cataluña, donde muchos centros llamados educativos marginan toda referencia a la cultura histórica española, con lo que sólo estimulan la animalidad y el instinto de los más jóvenes.

Por todos los medios de comunicación hoy disponibles se vuelca cada día una abrumadora ofensiva contra todos los valores vitales para la subsistencia de nuestra Nación. Se atenta por sistema contra nuestro más noble patrimonio cultural histórico, ese gran depósito de valores espirituales eficaces incluso para ser comunicados generosamente a otros pueblos con visión universalista y sin el más mínimo afán de dominio. ¿Qué queda hoy de esto?.

La bochornosa legislación que hoy nos permite las peores depravaciones morales están subvencionadas con dinero público. Ni siquiera se dan cuenta de que las "parejas de hecho" están practicando un parasitismo sobre la institución matrimonial; y que cuando hayan terminado de sacarle los jugos para exportarles al vicio, habrán perdido todos los recursos para poner algún remedio al desbaratamiento de las costumbres.

Tal es el triste estado de abatimiento y degradación a la que ha sido conducida nuestra sociedad durante los últimos veinticinco años por los dirigentes de la "transición". ¡qué vergüenza y qué dolor!.

Sentimos discrepar diametralmente con lo que se dice, por ejemplo, en el "Libro Blanco de Defensa 2000", que ya en su presentación firmada por el Presidente del Gobierno Don José María Aznar, se dice que "durante los últimos 25 años España ha vuelto a encontrarse a sí misma". (...)

No cabe esperar ninguna recuperación de una sociedad tan depauperada como la nuestra de hoy; sólo un milagro de la Providencia podría sacar adelante a España y a nuestra sociedad española actual; pero el milagro tendría que empezar por sustituir a nuestra actual clase política dirigente por otra que fuese competente, entera, honrada y no tan vergonzosamente equívoca.

La ley civil debe inspirarse en la ley natural (cuyo primer precepto es, por cierto, el culto a Dios) y en el orden moral objetivo, pues como bien ha escrito el cardenal Ratzinger "un Estado agnóstico en relación con Dios, que establece el derecho sólo a partir de la mayoría, tiende a reducirse desde su interior a una asociación delictiva; pues donde Dios resulta excluido, rige el principio de las organizaciones criminales, ya sea de forma descarnada o atenuada". **(Card. Ratzinger: Mirada a Europa; Rialp, 1993)**

Franco tenía y sigue teniendo razón cuando proclamó solemnemente el segundo de los Principios Fundamentales de la Nación española el 17 de Mayo de 1958.

Como hemos visto en el capítulo 6, la Historia de Europa ha demostrado con la más cruda dureza trágica lo que pasa en los pueblos que pretenden constituirse jurídicamente en contra del orden estatuido por Dios. Y por último la Historia o la vida de la Nación española y del común de los españoles desde la muerte de Franco, resulta una prueba de irrefutable elocuencia sobre lo que ocurre cuando se sustituye el Estado confesional por el agnóstico y nuestro pueblo pierde así su fe, su propia personalidad o esencia histórica, o su propia identidad nacional de tan larga y fecunda Historia.

Por todo lo dicho y por mucho más que perfectamente documentado podría decirse, bien fundadamente se puede pensar que Franco ha sido el último gobernante heroicamente católico que se ha conocido en el mundo. Y quizá ya el último. Desde muy joven, en todas sus actuaciones como hombre, como militar y como estadista, derrochó las cuatro virtudes cardinales sobre el pilar inmovible de su fe.

De ningún personaje de la Historia se han escrito tantos libros como de Francisco Franco. Se deja ver así, evidentemente, su trascendental importancia. Entre libros y libelos ya pasan de treinta mil; y el torrente de publicaciones no cesa sino que sigue creciendo. ¿Cómo será posible que un hombre movilice tamaño apasionamiento?. Singularísimo signo de contradicción por cierto.

El juicio político sobre la obra de Franco - emitido científicamente, ya que cualquier otro incurriría en arbitrariedad - habrá de ser enunciado mediante un balance entre los medios con que contó y los fines que perseguía. Es decir, contrapesando los recursos que exigió de los españoles y los resultados que obtuvo con ellos. Con tal punto de vista, la valoración que se haga tendrá que ser máximamente favorable.

(...) "Quede para otra ocasión aludir a lo que se ha dilapidado o destruido, empezando por la moral pública. El contraste entre el ayer y el hoy resulta un panegírico del pasado. Es, pues,

mucho lo que felizmente queda de una era que registra el más intenso proceso de modernización de España.

El revanchismo y el complejo de inferioridad llevan dos decenios tratando de entenebrececer uno de los períodos más fecundos de nuestra historia y de satanizar a Franco, su cabeza visible. A ese gobernante, uno de los más honestos y eficaces con que ha contado España, un presidente del Gobierno, en un gesto de insuperable impudicia, lo ha motejado de "Paco el ranas", y un alcalde de Madrid, en un alarde de suma ruindad, tachó su nombre de una avenida de Madrid y de un hospital edificados durante la jefatura de quien fue Generalísimo. De grandes obras públicas se arrancan las placas inaugurales para convertirlas en hospicianas y hurtarles su partida de nacimiento. Se intenta borrar un período capital, lo que es una forma de tirar la casa por la ventana y de suicidio histórico.

Si de la España actual restáramos lo que queda de la era de Franco, caeríamos en el tercer mundo. Algo hemos retrocedido ya en esa dirección.

Este XXV aniversario podría ser una oportunidad para sustituir el rencor y la irracionalidad por la serenidad y el sentido común y, en consecuencia, por el reconocimiento de los hechos obvios. (...) (**Gonzalo Fernández de la Mora**)

Toda esta ola resentida e instalada al asalto en el poder, inmediatamente a la muerte de Franco, está empeñada en borrar y dejar en blanco esta hermosa página de la Historia de España. Y no sólo borrada sino falseada y calumniada, porque les resulta como un reproche lacerante e insufrible para su cobarde conciencia. Pues a estos les quedará sólo el desprecio de las próximas generaciones españolas.

Desde la muerte de Franco hasta hoy, nuestra clase política dirigente y sus fábricas de opinión pública, se caracterizan por la psicopatía freudiana; y por la abominación ritual, pública y sistemática de la persona y el tiempo de Franco. Con esa infame labor sostenida durante los últimos veinticinco años, han hundido en la miseria a nuestra gente joven intelectualmente indefensa.

El envilecimiento de gran parte de nuestra población actual, provocado criminalmente desde arriba durante los últimos veinticinco años, nos ha llevado al colmo de ser, con mayor intensidad cada día, los mayores debeladores de nuestra propia Historia. Pocos pueblos comparten con nosotros esta triste desgracia. Parece que a España, al fin y por primera vez, en su muy larga, gloriosa y fecunda Historia, sus enemigos de siempre la encuentren hoy suficientemente vencida. No creo, no creo. Dios nos ayude.

\* \* \*

Nuestra herencia espiritual española es la más bella, rica y fecunda que el mundo conoce. Nos enseña que ser español, antes que un derecho, constituye un esforzado y alegre deber que debe ejercerse cada día. Franco, como todos nuestros héroes entre los más recientes, nos dio con su vida entera un formidable ejemplo de ello.



La Historia de España remite a Dios como ninguna otra nación de la Tierra. Por eso se da el caso inverosímil de la perpetua e inicua "leyenda negra". No hay nación en el mundo cuya Historia suscite semejante apasionamiento. Por eso resulta España tan polémica como la Verdad misma. Y esta es su incomparable grandeza. Quizá por eso escribió estos versos el poeta bilbaíno:

Tu me levantas tierra de Castilla,  
en la rugosa palma de tu mano,  
al Cielo que me tienes prometido.  
Tierra nervuda, enjuta, despejada,  
madre de corazones y de brazos.

Y este Don Miguel de Unamuno, que en la primera parte de su vida clamaba por la solución de "europeizar a España", clamó con mucha más fuerza en sus años últimos por "españolizar a Europa".

El gran filósofo e hispanista francés Jean Guitton, recientemente fallecido, dijo hace poco tiempo en Madrid, esto: "Lo más íntimo de mi ser lo debo a España. España es mi patria espiritual".

Oecumene gentium: ¡Vibra por Hispania!

\* \* \*

Pero hoy parece como si España no existiera ya sobre la Tierra.

Si España cae, hijos,  
si cae a tierra,  
dejaréis de crecer.

¿Qué teníamos? Fe en un ideal. Si despertamos hoy ese ideal... Si ponemos nuestra audacia a su servicio... Si sabemos valorar en la práctica - no en cantos líricos - lo mucho de bueno que queda en nuestro pueblo... ¿Por qué no hemos de representar otra vez la función de bandera que presenta al mundo la solución cristiana?.

Es la hora de volver a decir: "¡Santiago y cierra España!", esto es, de lanzarse contra los problemas apoyados en nuestra fe. Es la hora de repetir confiados en la gracia: **¡Póssumus!**: De lo contrario, los nuevos bárbaros de Europa, o los nuevos almohades y benimerines pudieran colonizar a España.

¿Habrà algo que hacer para remontar, aunque sea a largo plazo, la triste situación actual de España?. Veamos someramente los elementos felizmente existentes que son apoyo razonable

de esperanza.

Hay unas nuevas promociones de españoles jóvenes de las diversas profesiones y con alto espíritu, buena formación, ideales nobles y alto sentido de la responsabilidad. De esto cabe razonable-mente esperar mucho.

También es cierto que como cristianos que somos, y según aquel refrán verdadero de que **a Dios rogando y con el mazo dando**, podemos esperar algún milagro, independientemente de que lo merezcamos o no. Podemos estar ciertos de que la esencia histórica de España no desaparecerá jamás por estar inscrita en los cielos, al ser de la máxima belleza que ha existido en la tierra, de la más subida y noble naturaleza espiritual.

Si en este librito hemos recordado algo de las maravillas esenciales de nuestra incomparable Historia española, es porque deben recordarse en cuanto que son realidades vivificantes, indispensables sin duda para comprender el pasado, pero que condicionan además el presente y el futuro. La memoria reverdecida de estos hechos, lejos de suscitar ilusiones imposibles de un retorno al ayer, puede ser capaz, todavía, de sacudir inhibiciones, ahuyentar pesadillas y galvanizar los espíritus para nuevas y apasionantes empresas. Pueden y deben suscitar siempre una continua vivificación de la fidelidad a lo esencial y genuinamente español: a un sentido heroico, noble, alegre y generoso de la vida, que es la única forma verdadera y eficaz de edificar siempre España por caminos de cordura con la fuerza del Amor.

Porque la Historia de España es un desarrollo unitario en torno al eje de la dignidad espiritual del ser humano; y su aportación a la cultura universal es de tal calibre, que si España no hubiera existido el mundo sería diferente y peor. Por eso ser español antes que un derecho constituye un deber, en el que hemos de ejercitarnos cada día, como nos lo enseñan con su vida entera todos nuestros héroes hispanos de todo tiempo. Y con la alegría que corresponde a semejante empeño.

**Laus Deo**

## **Documentación utilizada**

•**María Luisa Rodríguez Aisa**

El Cardenal Gomá y la guerra de España, 1981.

•**Luis Suárez Fernández**

Francisco Franco y su tiempo, 1984.

Legado de Franco. Tomo II, 2000.

•**Ricardo de la Cierva**

Francisco Franco, 1985.

Franco: La Historia, 2000.

•**Burnet Bolloten**

El gran engaño, 1961.

•**Brian Crozier**

Franco, 1980

El gran estadista, 2000.

•**George Hills**

Franco, 1956.

•**George Roux**

La guerra de España, 1964.

•**Antonio Millán-Puelles**

Mi gratitud a Franco, 2000.

•**Federico Suárez Verdaguer**

El carácter de la guerra de España, 1986.

•**Azorín**

Franco, 1986

•**Vicente Rodríguez Casado**

Conversaciones de Historia de España. Tomo III, 1965.

•**Gonzalo Fernández de la Mora**

Historia General de España y América: la época de Franco.  
Rialp. Tomo XIX-1; págs. 445 a 476, 1992.

•**José Zafra Valverde**

Régimen Político español  
Universidad de Navarra, 1973.

•**José Guerra Campos**

La Iglesia y Francisco Franco  
Legado de Franco. Tomo I, 1992.

•**Manuel Garrido Bonaño O.S.B.**

Francisco Franco cristiano ejemplar, 1995.

•**Armando Merchante Gil**

Franco en la Historia, 2000.

•**Stanley G. Payne**

El Ejército y la Segunda República, 1942.

•**Jesús Salas Larrazábal**

La intervención extranjera en la guerra de España, 1974.

•**José Zafra Valverde**

Valor inmarcesible de los Principios  
Legado de Franco. Tomo II, 2000.

Hay mucha más documentación solvente española y extranjera.